281

J. GARLAND LOS CABALLEROS DEL REY ATOMO



LOS CABALLEROS DEL REY ÁTOMO

JOHNNY GARLAND

LOS CABALLEROS DEL REY ÁTOMO

Colección ESPACIO

Los Caballeros del Rey Átomo

por

JOHNNY GARLAND



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B. 19.841 - 1962

Núm. De Registro: 2.144- 62

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. – Arnaldo de Oms, 51- 53, Barcelona

PRÓLOGO

El Torneo iba a empezar.

Era el Torneo más alucinante e increíble de todos los tiempos. Algo que jamás nadie pudo imaginar.

Ellos habían ido allí para luchar. Sin importarles el peligro, ni el riesgo de la propia vida. El Torneo preveía eso: vivir era matar al contrario. Fallar... significaba morir.

Era un Torneo sin cuartel, sin misericordia. Solamente podía tener un final: la muerte de uno de los contendientes. El más débil, o el más desafortunado. No se concedía perdón. Ni se pediría tampoco.

Y el Torneo a muerte iba a comenzar.

Cuando la mano enguantada de oro golpease el gran *gong* se oiría la señal. Y eso iba a suceder de un momento a otro. La mano del guante de oro ya tomaba el martillete de platino. Avanzó el heraldo hacia el gran disco

metálico, plateado, centelleante, en el que lo haría retumbar con un martillazo musical, rotundo... La temida señal.

Ellos se miraron entre sí. Fueron cinco rostros enérgicos, tensos, inexpresivos. Cinco rostros ensombrecidos por la preocupación. A fin de cuentas, ellos desconocían el miedo. Pero sabían que se jugaban mucho en aquel lance inaudito, realmente increíble, tan fantástico, multicolor y dramático como un auténtico torneo medieval.

Sólo que aquel Torneo asombroso tenía lugar en el siglo XXV. Y en un lugar realmente prodigioso y alucinante.

—Suerte, amigos —dijo Lancer, con voz firme—. Recordad: a vida o muerte. No tengáis piedad. De nadie...

—Sí, Lancer —asintió Archer—. Pero es que entre los enemigos está nuestro mejor amigo.

—No importa. Mata o muere, Archer. Recuerda eso. En el campo del Torneo no puedes reconocer a nadie. Ni perdonar a nadie. O él tendrá que matarte a ti inexorablemente.

Archer asintió, enjugándose el sudor con su mano, enfundada en el metal flexible, tenue pero durísimo, y clavó los ojos en el multicolor atavío del heraldo.

Había llegado ya al pedestal del *gong* gigantesco. Levantó su mano dorada con el martillete de platino y descargó el mazazo.

Vibró la gran bandeja de plata, colgada con cadenas de igual metal. Todo el campo vibró. En torno a la verde y jugosa hierba, el pueblo emitió murmullos, se miraron unos a otros con la emoción del que sabe que el juego dramático y espectacular va a comenzar ya.

—Bueno —suspiró Lancer—. Es el principio, amigos. Adelante los Caballeros del Rey Átomo. Y que Dios esté con nosotros.

—Falta va a hacernos —suspiró Archer. Se volvió, a otro del quinteto alineado en el cuartel con bandera negra, situado en uno de los extremos del campo del Torneo—. ¿Dispuestos, Hawks?

—Dispuestos, sí —asintió Hawks, sonriente, risueño siempre—. En marcha ya. Cuando queráis...

Lancer asintió. Su mirada recorrio la hilera de grupos. Sabía que podía confiar en ellos. Eran solamente cinco. Pero podían vencer a cualquiera. Incluso allí.

No era el momento de pensar, de volver la vista atrás. Otras cosas urgían mucho más, y eran más importantes para ellos. Sin embargo, Lancer no podía evitarlo. Aquel retorno al pasado resultaba tan extraño, tan alucinante... Evocó los relatos infantiles e incluso las fantasías de «ciencia-ficción», en las que los hombres eran capaces de viajar por una dimensión inmaterial, como era la del espacio-tiempo.

Tuvo el humor de sonreír, ante la extrañeza de Hawks, que no le perdía de vista. No, ellos no habían ido precisamente al «pasado», en el clásico sentido de la palabra. No entraba en el campo de sus facultades realizar imposibles, ni

nunca se habían movido de su propia época y de su tiempo. Por eso resultaba todo esto más absurdo. Como una nueva versión del inefable «yanqui» en la Corte del Rey Arturo...

—Diablo, Lancer. Nunca te he visto sonreír así en una situación apurada —comentó Hawks, ceñudo—. Eso se queda siempre para mí. ¿Qué te ocurre ahora?

—Nada, Hawks. Pensaba.

—¿Pensabas? Pues harías bien en pensar deprisa antes de que esos salvajes medievales nos destrocen a todos.

Ahora había sido el grave, taciturno y sentencioso Scott el que había hablado. Un escocés inteligente y poco dado a las bromas, aunque no desentonaba dentro del alegre grupo de los cinco hombres, porque dentro de su gravedad habitual poseía, en realidad, un extraño sentido del humor.

Lancer y Archer no pudieron evitar una sonrisa. Hawks soltó una carcajada, como si todo aquello fuera realmente divertido. En cuanto a Robin, el quinto del grupo, se limitó a mascullar, con la mirada fija en el verdor esplendente del campo del Torneo:

—Bueno, se acabaron los conciliábulos. Ahí están nuestros enemigos.

Cinco cabezas se volvieron hacia el extremo de la amplia pista. Al golpe de *gong* habían surgido ya sus enemigos. Formaban línea frente a ellos, montados sobre lo que a un observador superficial le hubieran parecido caballos vulgares. Lo peor de aquellos caballos era que constituían un arma por sí solos. Y una arma terrible y mortífera.

¡Los caballos, de una piel dura y escamosa, eran unicornios! De su frente poderosa sobresalía el cuerno punzante, purísimo, afilado y violento como una lanza de las que empuñaban los caballeros alineados frente a ellos, a unos doscientos metros, en espera de la galopada hacia el choque... hacia la muerte.

—No es justo —gimió Robin—. Esto no es un torneo legal, Lancer. Entre caballeros debe existir, ante todo, el sentido de la equidad, de las mismas ventajas e inconvenientes para todos.

—Robin tiene razón —argumentó a su vez Scott, con el rostro más ensombrecido que nunca—. Mirad nuestros caballos: son lo más parecido a los caballos que vi jamás, a pesar de su piel azul. Pero no tienen cuerno alguno. Esas bestias los destrozarán. Y luego nos harán a trizas a nosotros.

—No te lamentes, Scott —avisó Lancer, pensativo—. Y lucha. Es lo único que puede salvarnos, si existe una posibilidad entre mil. Discutiendo, nada ganamos. Nosotros pertenecemos a una época civilizada, inteligente y pacífica. Ellos, los que rugen ahí fuera, son como un mundo de fantasmas. Un reflejo del pasado de nuestro mundo. Belicosos, primitivos, ignorantes y altivos. No se puede hacer nada, Scott.

—Además... no son cinco los caballeros con quienes hemos de luchar —añadió Hawks—. Y ése no es un torneo justo ni honrado.

—Nadie ha dicho que lo fuera, Hawks —cortó fríamente a su vez Archer —. Mirad: la bandera negra y roja va a ser alzada. Cuando eso ocurra,

nuestros diez enemigos iniciarán la cabalgada hacia nosotros. Hemos de salir de nuestro Cuartel Negro para oponernos a las fuerzas del Cuartel Rojo... Y que sea lo que Dios quiera.

—Sí, amigos —añadió Lancer—. Después de todo, sólo en Él podemos confiar ya. ¡Adelante!

La bandera rojinegra que formaba el límite neutral de ambos campos de lucha se había levantado súbitamente, al soltar un heraldo unos cables. Con ello, la banda orlada de gallardetes multicolores que dividía la pista saltó a un lado.

El paso estaba libre. Unos hombres acudieron al encuentro de otros. El suelo, tembló con la cabalgada alucinante de los unicornios, montados por diez caballeros de armaduras centelleantes, lanzas enhiestas, orladas de gallardetes, y cabezas cubiertas por emplumados cascos negros, a través de cuya rejilla del yelmo, los ojos adversarios, brillantes y triunfales, medían con orgulloso aire de victoria, la inferior condición de sus cinco enemigos, a lomos de azules caballos sin cuerno, y desprovistos de otra armadura que no fuese su adherente traje plástico, su malla de color negro brillante, con las dos iniciales sobre el pecho, como distintivo de su condición, campeando encima de la azul esfera del Planeta Tierra...

Aquellas iniciales, nada parecían decir a las gentes del extraño mundo medieval en el que se desarrollaba el desigual y asombroso torneo... Las letras A. y K., con su blanca fosforescencia sobre el negro plástico gomoso y elástico adherido a los atléticos cuerpos de los cinco hombres, nada significaban para sus enemigos.

Allí, sólo contaban las fuerzas físicas, el valor y las armas. Pero con fuerzas y valor solamente, que eran las únicas armas de los cinco hombres, junto con sus cortas lanzas, poco podía hacerse frente a diez unicornios feroces, lanzados con su temible cabeza baja, y montados por diez hombres protegidos por sus corazas de metal, sus escudos y sus cascos con la celada bajada sobre los ojos, que se precipitaban sobre ellos, en una galopada impresionante.

Una galopada que pronto iba a terminar en un choque brutal, mortífero y devastador. Ellos lo sabían.

Pero los cinco hombres en inferioridad, iban a vender sus vidas al más alto precio posible. Y, sin embargo, Archer había tenido razón. Entre los enemigos del Torneo, entre aquellos diez furiosos caballeros que todo lo arrollaban a su paso... estaba su mejor amigo. Un hombre a quién por fuerza estaban obligados a matar... o él les mataría despiadadamente a ellos.

El momento del choque se aproximaba. Los unicornios y los caballos azules, en desigual línea de combate, con sus jinetes respectivos inclinados sobre los cuellos de las monturas, avanzaban al encuentro unos de otros. En derredor suyo, las gentes situadas tras las colgaduras, banderas y gallardetes de mil colores, rugían con el feroz entusiasmo de los pueblos primitivos, que gozan de antemano con la vista de la sangre y el olor de la muerte sobre los

campos de batalla...

Sí, aquel era el fin. Y ellos lo sabían.

Lancer, Archer, Hawks, Robin y Scott, sabían muy bien que había llegado su final. Nada ni nadie podría salvar sus vidas ni hacerles triunfar en aquel duelo a muerte.

Pero luchar, había sido siempre su credo y su norma. Morir luchando, entraba dentro de su propio destino.

Y eso era lo que iban a hacer ahora los cinco bravos camaradas...

* * *

Es curioso cómo llegan a la mente los recuerdos más lejanos, en el momento en que el ser humano roza las fronteras sombrías de la muerte...

Lancer, mientras cabalgaba, levantando su montura una polvareda dorada, que se unía a la del ambiente mismo, a la levantada por los unicornios feroces, a la promovida por las gentes en sus asientos y en sus puntos de emplazamiento, iba evocando sucesos y retazos de su vida, que parecían desfilar ante los ojos de su imaginación como una película imposible, como una reproducción fiel y vivida, que desfilase a velocidad pasmosa...

Unos segundos apenas... y todo pasó de nuevo ante él, todo fue recordado, evocado fielmente, hasta borrar de sus retinas la visión multicolor de aquel mundo estentóreo y medieval con sus feudalismos brutales, su primitivismo belicoso y su colorido violento...

Parecía todo tan distinto, tan lejano... Como una existencia diferente, como una vida que no podía, en modo alguno, ser ésta misma de ahora, la que iba a terminar bajo las pezuñas y los cuernos de los astados caballos adversarios, o bajo el impacto de las poderosas lanzas enfiladas hacia ellos...

Todo eso pasó ante él en menos de cinco segundos...



CAPÍTULO PRIMERO


OBRE todo, ten cuidado, Farrell. Ésta es la zona peligrosa, en que se han visto últimamente los meteoros azules... Tripula con precauciones.

—Sí, ya he oído hablar de eso —los ojos del piloto Farrell se fijaron en el tablero mágico de visión exterior de la nave. Se encogió luego de hombros, señalando la blanca línea luminosa, que cruzaba la pantalla fluorescente—. Mira eso, sin embargo. El camino está expedito y no hay peligros inmediatos. Y en el vacío, el choque con un meteoro no es tan fácil como parece.

—A pesar de ello, Farrell, existen los informes. Y las naves desaparecidas, destrozadas sin duda, después del choque con el meteoro azul que ellos notificaron haber visto...

—Tonterías, Howard. Tú sabes cómo es la gente y lo expuesta que está nuestra mente a trastornos espaciales. Igual que en los desiertos caben los espejismos, y que los aviones de hace cientos de años informaban de la presencia de «platillos volantes» que, las más de las veces, no eran sino refracciones en las nubes o pura imaginación, en los actuales vuelos por el espacio, la gente puede sufrir una alucinación, un espejismo del vacío o cosa parecida, que le haga ver lo que no es.

—¿Y ser destruido por ese algo que no existe? —dudó Howard, escéptico.

—Bueno, el piloto, cuando empieza a ver cosas raras, es posible que esté afectado por radiaciones cósmicas que escapan a nuestro control científico, y eso constituya una especie de «locura espacial». En ese caso, es sumamente fácil que ocurra lo peor, ya que el piloto pierde el mando de su nave, comete algún error... y un error, a miles de millas de la superficie terrestre, amigo mío, a pesar de todos los adelantos de hoy, sigue siendo mortal de necesidad, como lo era hace cinco siglos, el menor fallo en un automóvil lanzado por una pista de carreras, pongo por caso, a doscientas millas por hora.

—Han sido tres casos, Farrell. Y los tres en esta zona, precisamente.

—Eso refuerza mi teoría. El peligro de esta zona debe de ser algo referente a una radiación cósmica o un fenómeno similar, que altera los sentidos de ciertos hombres. Y eso, ha provocado la alarma. Es posible que la radiación aquí sea peligrosa para la mente humana, Howard. En cuyo caso, no depende de conducir mejor o peor, sino de que el organismo resista, y de que nuestra cabeza se mantenga firme sobre los hombros. ¿Entendido, muchacho?

—Bien, si tú crees eso... adelante. Eres más experto que yo en estos

viajes...

—No te quepa la menor duda de que así es, amigo mío... Además, si aparecen realmente esos, meteoros, yo sabré eludirlos, no temas.

La amplia nave-transporte avanzaba ligera, movida por sus grandes reactores a fotones, que dejaban tras de sí un rastro centelleante, de miríadas de chispas que se apagaban rápidamente, como una fugaz cola de cometa, al entrar en contacto con el vacío. Realmente, hacía falta ser un piloto espacial tan diestro como Farrell, para conducir hábilmente vehículos cósmicos de aquella magnitud.

Sobre la pantalla mágica del ultra-radar, continuaba la línea inicial: blanca, sin accidentes ni alteraciones. Eso señalaba, ante la proa de la nave de Farrell, una gran amplitud de espacio libre, sin peligros de ninguna clase. La más leve aproximación de una nave del espacio a aquella zona, de un meteoro o de un peligro cualquiera, que pudiese provocar el choque o la desviación de la ruta, significaría en la pantalla un aviso luminoso que permitiría al piloto, cambiar la ruta de la nave a tiempo, impidiendo todo riesgo.

Farrell sabía eso. Era uno de los mejores pilotos de la «A.N.C.L.», o «Astronautical Comercial Lines», de Great New York. Sus precauciones aumentaban siempre considerablemente en los viajes de «ida», cuando llevaba en el gran depósito posterior de la nave de transporte las cargas valiosas con destino a los Satélites Artificiales o a las Estaciones Cósmicas, o bien a alguna de las Colonias planetarias de Marte y Venus.

Pero ahora, en el regreso a la Tierra, virtualmente de vacío, no podía temer nada que pudiese provenir de los piratas del espacio o de algún bandido similar. La delincuencia había saltado al espacio, desde que éste se hizo camino fácil para los navegantes, y una carga valiosa siempre constituía un peligro. Pero no una nave vacía y sin valor, como la que acostumbraba a regresar a la Tierra, tras depositar materiales, drogas, energía concentrada o cualquier otra materia costosa, en la superficie del lugar del espacio adonde hicieran el viaje las naves comerciales de la «A.N.C.L.», o de cualquier otra empresa comercial semejante.

Farrell, con la vista dividida entre el fabuloso espacio exterior, negro y salpicado de astros centelleantes, y el cuadro fluorescente de su pantalla mágica, silbaba jovialmente una melodía de moda, «Mi amor perdido en Venus». Era música espacial, sincopada y melodiosa a la vez. A Farrell le gustaba la música. Y bailar. Ya estaba pensando en «su» chica, aquella gordita pelirroja tan cariñosa, con la que iría al Aereal Park, la maravillosa pista de baile suspendida en el cielo, a muchas millas sobre Nueva York.

Bruscamente, todos esos risueños pensamientos se quebraron. Su compañero Howard gritó, angustiado:

—¡Cuidado, Farrell! ¡Mira... mira la pantalla!

Farrell miró allá, sobresaltado, y lanzó un juramento. Rápidas, sus

manos se movieron en los mandos, mientras en la pantalla, la recta luminosa serpenteaba, y ante ella se formaba una especie de corpúsculo azul, que se movía rápido hacia la recta de luz...

—¡Un meteoro! ¡Jamás vi un meteoro tan rápido! —aulló Farrell, que sin soltar los mandos, conectó, con un golpe de pie, el resorte de funcionamiento de la radio espacial.

Rápidamente, mientras luchaba por estabilizar la nave y rehuir el poderoso resplandor azul que surgía ante él, agrandándose terriblemente en el espacio visible a través de su visor frontal, añadió, ante el micrófono incorporado al timón de mando, con tono angustioso:

—¡Aquí nave comercial MTS-122, de la «A.N.C.L.», tripulada por Al Farrell! ¡Meteoro azul surgido de repente! ¡Imposible eludirlo! ¡No se detectó a tiempo! ¡No es una alucinación! ¡Informo! ¡Atención...! ¡Atención! ¡Meteoro azul sobre nosotros...! ¡No puedo controlar la nave! ¡Aaagh...!

Ahí terminó el contacto de la radio de Farrell con la Base o con cualquier central de radio del espacio, puesta a la escucha.

El resplandor azul envolvió como un sudario centelleante, cegador y aplastante, la forma aerodinámica y gigantesca de la gran nave comercial del espacio. La transmisión se cortó.

Y no se supo más de Farrell, de Howard, ni de su nave de transporte interplanetario...

* * *

—Es la cuarta que se destruye al chocar con un meteoro azul. Y en la misma zona del espacio, a unas doscientas noventa mil millas de la Luna, de regreso de Marte. Cuatro naves desaparecidas sin dejar rastro, tras una llamada de urgencia...

Reinó el silencio. Alguien añadió en la sala:

—Y ésta, era conducida por el mejor piloto comercial que existía: Al Farrell... Antiguo piloto militar y técnico de la Policía del Cosmos.

—Sí, señor —asintió el hombre de uniforme negro, ceñido y brillante, que se mantenía en pie frente a los dos hombres sentados a la mesa semicircular del gran despacho de muros blancos y verdes, cuya gran galería curva asomaba a la esplendorosa visión de Great New York, extendiéndose sobre su antiguo territorio urbano, y sobre las nuevas y grandes islas artificiales, flotando sobre el Océano—. Yo conocí a Al Farrell. Fue miembro de las Patrullas Volantes de los «A.K.», al licenciarse de las Fuerzas Astronáuticas de Guerra... Lo dejó después, por trabajar en líneas comerciales...

—Me alegra que le conociese, Lancer —suspiró el Presidente de la «A.N.C.L.»—. Eso le explicará, mucho mejor de lo que yo pudiera hacerlo, la clase de piloto que era él. No concibo cómo pudo dejarse sorprender por

un meteoro. Era una nave de nuevo tipo, fácil de manejar y con gran radio de acción... Es un accidente incomprensible.

—Como lo fueron los demás, señor —declaró Lancer con voz firme—. Sólo que esta vez no cabe la versión de un descuido o un fallo en el manejo de la nave...

—¿Acaso supone que hubo... psicosis espacial o acción de radiaciones cósmicas sobre su mente, que le hicieron imaginar...?

—Es una posibilidad. Pero dudo de ella, señor —manifestó claramente Lancer.

—¿Por qué?

—La psicosis espacial y los espejismos en el vacío, no son tan habituales como la gente cree. Y mucho menos, entre personal especializado como su piloto. Yo no me inclinaría por esa versión, ciertamente.

—¿Por cuál, entonces? Los boletines de información astronáutica no señalan la menor presencia de meteoros azules ni de ningún color, en todas esas zonas del espacio.

—Ya lo sé. Nosotros mismos hemos recorrido esas regiones sin encontrar nada parecido.

Tras la declaración de Lancer, hubo un silencio en el amplio despacho. El Presidente de la «A.N.C.L.», cambió una mirada con el otro hombre sentado ante su mesa, que era el coronel White, de la Sección de Astronáutica de la Seguridad Civil.

—¿Qué piensa usted de todo esto, coronel? —demandó el dirigente de la empresa de navegación comercial.

—No lo sé. Es un suceso muy complejo —confesó White gravemente—. Nuestras patrullas también se cuidan de esa tarea, sin haber encontrado rastro de meteoros azules ni de accidentes espaciales. Ya se lo dije antes de que recurriese a los «A.K.», Después de todo, ellos constituyen una fuerza privada, que carece de los medios de la Seguridad Civil, y no están capacitados para hacer milagros...

Era evidente su tono despectivo hacia lo que representaba Lancer, el hombre alto y rabio, de negro uniforme de malla plástica ceñida a su atlético cuerpo. El joven le miró de soslayo, con una sombra de sonrisa en sus labios, y respondió, dirigiéndose al Presidente de la «A.N.C.L»:

—Ciertamente, no somos capaces de hacer milagros, señor. Pero hemos obtenido algunos triunfos más señalados que la pomposa Seguridad Civil y sus Brigadas del Espacio... Quizás esta vez sea una de tantas... A fin de cuentas, el dinero que nosotros hemos empleado en nuestra tarea, sacándolo de nuestros propios bolsillos, señor, se dedica íntegramente a la labor que desarrollamos, a favor de la Ley, en cualquier región alejada de los espacios. No tenemos que mantener burocracia inútil y altos empleados de grandes sueldos e inútil trabajo...

—¡Oiga, Lancer, tenga cuidado con lo que dice, o le costará caro! —aulló con irritación el coronel White, pegando un respingo, pálido de ira.

—Pero, señor, ¿por qué ha de darse usted por aludido? —rio suavemente el joven del uniforme negro, como si en verdad estuviera muy sorprendido por su réplica—. Yo no he citado a nadie...

—¡Pero su afán insultante está bien claro! —mascullό el coronel—. ¡Yo soy uno de esos altos empleados que cobran un gran sueldo, si a ello se refería!

—Es posible. Pero yo jamás diría de usted que hace un trabajo inútil... —la ironía de Lancer era evidente.

—¡No lo dice, pero lo insinúa! Oh, ustedes, los «A.K.»... ¿Qué son, en realidad? Un puñado de jóvenes demasiado mimados por la fortuna, que se aburrieron de hacer deporte, y se metieron a deshacer entuertos donde nadie les llamaba... Eso es lo que son.

—No nos ofende que nos diga eso —sonrio Lancer—. Somos, en efecto, un grupo de millonarios que no se resignaron a ser solamente eso. Los millones, cuando no se utilizan en bien de los demás, señor, son un lastre muy pesado para la conciencia. Claro que, ante todo, hace falta tener conciencia. Yo, coronel White, me siento orgulloso de pertenecer a este Cuerpo organizado por nosotros mismos, y en el que sólo nosotros combatimos. Los «A.K.», no buscamos el lucro ni la recompensa. Nos sobra el dinero.

—Por eso quieren emociones. Como si la Ley fuese un juego...

—La Ley no es un juego. Y, ciertamente, queremos emociones. Pero son más dignas las que hemos elegido, defendiendo a la Justicia con nuestro esfuerzo, nuestros medios económicos y nuestras propias vidas, si es preciso, que buscar esas emociones robando o asesinando, como podíamos haber hecho, de ser lo que usted dice.

—¡Bah, no conducirá a nada todo esto! —farfulló con ira el coronel White, volviéndose al Presidente de la «A.N.C.L»—. Debe usted elegir, señor, entre los servicios de ese puñado de «sportsmen» excéntricos, o la auténtica Ley de una fuerza oficial, a su servicio.

—Lo siento, coronel White, pero los esfuerzos de esa fuerza oficial que usted representa, no han logrado gran cosa hasta ahora en la pérdida de nuestras naves. Por lo tanto, y sin que ello signifique desprecio hacia ustedes, prefiero que los «Atom Knights»(1) se ocupen del caso, independientemente de lo que los organismos de investigación oficial, como el suyo, puedan hacer por simple rutina.

El coronel White apretó los labios, con un centelleo de ira en sus ojos estrechos y hostiles. Se irguió, muy altivo, y manifestó secamente:

—Está bien. Allá usted, señor. Pero no llegará muy lejos con tales aliados. ¿Qué se puede esperar de un puñado de caprichosos cargados de millones, y que capitanea el señor Gaar Lancer, un jovenzuelo que ha

heredado todos los millones que su padre hizo pirateando y traficando ilegalmente?

Dio media vuelta para abandonar el salón, con virulencia... pero se encontró con el paso cerrado por la alta y musculosa figura vestida de negro, cuyo cabello rubio contrastaba con el color de la indumentaria.

Los ojos de Gaar Lancer eran como dos piezas de metal candente, pero a la vez reflejaban una luz helada y agresiva.

—Escuche, maldito embustero —silabeó con dureza, sin importarle la alta posición de su antagonista—. Mi padre no fue jamás un pirata ni un traficante ilegal. Ganó su fortuna honradamente, comerciando con legalidad y rectitud, en una época dura, difícil, tras las guerras mundiales de fines del siglo XXIV. Tuvo suerte, pero se arriesgó mucho para ello, y murio de las fiebres contraídas en Marte, en su afán de obtener medicamentos vegetales para curar dolencias provocadas por aquellas guerras.

—Y ganó su buen dinero con esos medicamentos —replicó malévolo, el coronel.

—Es posible. Pero no ganó más del que otros hicieron luego, poniendo en el mercado sus hallazgos, e industrializando lo que él buscó y pagó al precio de su vida, para labrarse una fortuna para sus hijos. Mi hermano murio, y yo quedé heredero solitario de su fortuna. Ahora, procuro hacer con ella algo noble y digno, por si alguna sombra empañara el buen nombre de mi padre de cara a las gentes. Pero no tolero que una rata vil y miserable como usted, un tipo que no merece un solo «crédito» de los que le pagan por no hacer nada bien, manche su memoria citándolo.

—¡Respete mi autoridad o...!

—¿O qué? —replicó, virulento, Lancer—. Me da usted asco, señor White. Ahora sé por qué su sección va de mal en peor. Cualquier día verán la clase de tipo que es, y le echarán a patadas, como a un perro.

El coronel, furioso, cargó contra Lancer. Era un hombretón recio, atlético y de gran corpulencia. Disparó sus puños sobre el rostro del joven, y lo hubiera aplastado, de hallarlo en su camino.

Pero Lancer, todo músculo y nervio, fintó con elasticidad pasmosa, salvando el doble impacto, y apresurándose a su vez a replicar, muy gustoso, disparando su zurda contra el mentón del hombre, y su derecha contra el hígado.

Fue un doble mazazo de brutal ímpetu. White tosió secamente y se tambaleó aturdido y a punto de caer. Sin embargo, era fuerte y se controló, dispuesto a volver a la carga, con renovada ira, contra Lancer. Sus puños, ciegamente, volvieron a dispararse, en busca de la faz del joven.

Otra acción veloz y diestra de Lancer, impidió el choque, pero esta vez no del todo. Un macizo puño del coronel rozó su sien, ante el estupor e inquietud del testigo de la pelea, y Lancer osciló, mientras delante de sus ojos parecían estallar lucecillas de mil colores, recordándole un poco el

maravilloso celaje del planeta Marte, en los días despejados del verano marciano.

El golpe, tuvo la virtud de espolear más aún a Lancer, y el joven disparó sus dos puños de nuevo. Esta vez, en una serie continuada de impactos al rostro y cuerpo del contrario.

El coronel White, martilleado inexorablemente, fue dando tumbos, hasta golpear el muro de vitroplast, y de allí, resbalar, hasta quedarse en el suelo, inconsciente y hecho un ovillo.

—Amigo Lancer, le felicito —sonrio el Presidente de la «A.N.C.L»—. Ha dado un buen escarmiento a ese hombre. Pero es mala persona y tiene influencias. No le perdonará esta humillación de hoy. Ándese con cuidado con el coronel...

—No le temo, señor. ¿Sigue confiando la tarea a los «Atom Knights»?

—Naturalmente, Lancer. Ahora, más que nunca. Me gustan los hombres que saben luchar, ya sea en el espacio, o con los pies bien asentados en tierra firme...

—Gracias, señor. «Los Caballeros del Átomo» no le defraudarán, puede estar bien seguro...

Saludó con firmeza, y abandonó la sala, dejando en ella al Presidente de la «A.N.C.L.», rascándose la cabeza, perplejo, frente al cuerpo inconsciente del voluminoso y despótico coronel White, de la Seguridad Civil de las Naciones Federadas.

CAPÍTULO II

LA DAMA DEL ESPACIO



E daba también el caso de que la nave era negra, oblonga, plana como un

«plato volador», que más bien tenía forma de fuente, ateniéndose a su justa estructura. Sobre ella, su número de matrícula de Tráfico Espacial, junto a las dos siglas populares: «A.K.».

Los «Atom Knights», los jóvenes y deportivos «Caballeros del Átomo», disponían en realidad de tres naves idénticas, la «A-K 1», la «A-K 2» y la «A-K 3». En cada una de ellas, eran dos los tripulantes. El piloto y el copiloto y al mismo tiempo, operador de radiotelevisión interconectada, formando un circuito cerrado entre las tres naves biplaza, que, a su vez, se prolongaba en una segunda línea de urgencia, por la que podían llegar, en cualquier momento, las llamadas o informes que provocasen su acción rápida e inmediata.

Esta vez, solamente se trataba de una nave. Y en ella, dos tripulantes, como siempre... Tripulaba un joven alto y pelirrojo. Servía de auxiliar otro, moreno y macizo. Pero aquello hubiera podido engañar a cualquiera. En realidad, el jefe de vuelo era el que hacía las veces de colaborador o ayudante. Después de todo, Sid Archer era un veterano, uno de los creadores del audaz grupo de combatientes del espacio.

Y Kipp Shannon, era un novato, un «recluta» del reducido ejército de hombres resueltos, que defendían la Ley por su propia voluntad.

Los «Atom, Knights» habían sido siempre seis. Pero últimamente, hubo una baja en el grupo. El joven millonario Lash Welton se había casado con una bella muchacha. Allí terminó su labor con los «Atom Knights», hombres solteros, libres de ataduras, hombres solitarios, que se movían en su ambiente sin trabas de ninguna clase. Pero tampoco podían oponerse a las decisiones de cada uno de sus miembros. Así, Welton se casó, y causó baja en el grupo. Pudieron haber continuado ellos cinco. Sin embargo, Kipp Shannon reunía las condiciones exigidas. Era piloto espacial, con título. Era millonario. Y era un deportista íntegro y un romántico incurable, como todos ellos. Podía, pues, formar parte del grupo. Y ya estaba admitido a título de prueba. Kipp Shannon solamente tenía que cuidar del control de la nave durante un vuelo, para familiarizarse con el sistema de los «A-K». Luego, llevar a cabo algunas pruebas, de las exigidas por el reducido grupo de defensores de la Ley del espacio, de heroicos deportistas que, sin alistarse en ningún Cuerpo oficial y actuando como formación privada y con absoluto desinterés material, habían llegado a ganar fama por su capacidad de lucha, por su astucia y su espíritu de sacrificio.

Una vez pasado ese examen, Kipp Shannon sería uno de los seis hombres uniformados de negro, uno más en la patrulla del espacio formada por los «Atom Knights». Todos sabían que Kipp alcanzaría fácilmente ese honor, y contarían con un nuevo camarada en sus aventuras...

Pero en ese sentido, Gaar Lancer era tajante: Kipp, si quería ser uno de ellos, había de pasar por la prueba de rigor. Solamente después de ella, sería nombrado «Caballero», en un simple e íntimo ritual, pero que conservaba

muchas de las esencias tradicionales de la caballerosidad medieval. Y con su negro uniforme de goma plástica, ceñida a su figura musculosa —porque atletas habían de ser todos los integrantes del grupo de aventureros—, su negro calzado y su blanco cinturón, con las iniciales fluorescentes «A.K.», provisto de su pistola térmica y sus cartuchos corrosivos o inflamables de emergencia, se lanzaría como uno más a la gran aventura de defender a la Ley y el Orden en los espacios siderales, donde todo esfuerzo humano era, en aquellos tiempos de colonización, de aventura y de riesgos cósmicos, no sólo necesario, sino imprescindible...

—¿Marcha todo bien, Archer?

La pregunta iba dirigida por el neófito, a su compañero de vuelo. Desde el tablero de control de radio televisión, Sid Archer asintió con una sonrisa alentadora.

—Sí, Kipp —declaró con firmeza—. Todo va perfectamente. No te preocupes por tu tarea. Lo estás haciendo muy bien. Y no hay motivo para otra cosa. Eres un buen piloto y un magnífico conocedor del espacio. No en vano fuiste campeón de carreras interplanetarias el año pasado, en la Convención Decenal de Planetas y Satélites.

—No es lo mismo —rio Kipp, enmendando ligeramente el rumbo de la nave, en tanto que Archer asentía al comprobar el tino de esa medida, en su propio cuadro de comprobaciones—. Aquello era hacer deporte, Archer...

—Y esto también. Sólo que la gente acostumbra hacer deporte por simple aburrimiento, por vocación deportiva o por dinero... Nosotros convertimos el deporte en una necesidad y en un servicio de humanidad y de justicia. Pero el espíritu olímpico, como pudiéramos llamarlo un poco liberalmente, existe en el fondo. El afán de competir, de ganar por la mano a la Policía del Aire o a las Fuerzas de la Seguridad Civil del cerdo del coronel White, nos mueven con mayor ímpetu que los reactores de nuestras naves. Eso es lo que cuenta, muchacho; y de todo ello, posees tú una buena parte, como no podía ser por menos.

—Gracias, Archer —suspiró Kipp—. Junto a tipos como tú, como Lancer, Robin, Hawks o Scott, uno se siente capaz de todo. Dais ánimos y eleváis la moral del menos confiado.

—No es eso, Kipp. Es que en la confianza, en la fe mutua y en la de nosotros mismos, en nuestras fuerzas, descansa la base de nuestra labor de equipo. No somos muchos, no disponemos de grandes estaciones de control, de sistemas de ultra-radar, de brigadas volantes, de grandes, mecanismos ni de nada de eso. Pero Lancer, al crear el grupo, se propuso algo concreto y muy difícil de obtener: demostrar al mundo que solamente unos pocos, si éstos son los mejores y, además, están seguros de que realmente lo son, pueden alcanzar los mismos objetivos, por arduos que sean, que las grandes fuerzas controladas por los Gobiernos y los sistemas oficiales de policía. Sólo hace falta luchar por algo digno y recto, colaborar siempre con la

Justicia, y confiar en el valor del hombre y en la ayuda de Dios.

—Y ser caballeros —sonrio Kipp.

—Eso ante todo, sí. Se trata de luchar con honor. Y el que respeta el honor por encima de todo, es un caballero, Kipp... Nosotros sostenemos que con honor y con caballerosidad se puede ser igualmente eficaz. Y mucho más estimado por los que realmente agradecen que la Ley y el Orden se defiendan donde sea preciso...

Kipp asintió, volviendo la mirada a los controles. Sabía que Archer tenía razón. El código de honor de los «Atom Knights» era otra de sus notas simpáticas y populares, otra de sus normas ineludibles y tajantes, que les proporcionaba la aureola de luchadores del Bien y de la Justicia, en su más absoluta acepción.

El vuelo del «A-K 1» se mantenía normal, seguro y firme. Eran naves de una gran ligereza, con una notable potencia de reactores y de una estabilidad y radio de acción increíbles. Resultaban naves autónomas de fantástica precisión, dotadas de gravitación artificial propia, pese a la ligereza de sus estructuras, depósitos muy amplios de oxígeno concentrado, y perfecta autonomía y control, sin depender jamás de controles remotos establecidos en la Tierra, en la Luna o en cualquiera de las Estaciones Artificiales del Espacio desde las que muchas de las grandes naves del espacio eran manejadas, por radio, en sus vuelos interplanetarios hasta el propio Júpiter, el planeta más distante alcanzado por los vuelos siderales del ser humano.

También en su asiento, Sid Archer, el segundo del grupo de los «Caballeros del Átomo», y colaborador directo de su capitán y creador, Gaar Lancer, mantenía la mirada fija en la pantalla mágica del visio-radar.

Quizá por ello, vio antes que los demás lo que sucedía. La recta luminiscente que señalaba, con ojo magnético, el rumbo correcto de la nave y la total ausencia de obstáculos en su camino, de súbito osciló, al surgir un punto azul luminoso, de gran intensidad.

Y el punto azul avanzó veloz como una flecha hacia la recta luminosa. Una velocidad que, trasladada de la pantalla mágica a la realidad del espacio exterior... significaba algo realmente aterrador.

—¡Cuidado! —rugió Archer, pegando un brinco, y mirando fijamente a Kipp—. ¡El rumbo de la nave! ¡Cámbialo! ¡Pronto, hay que salir de esta ruta y alejarse! ¡El meteoro azul... Viene a por nosotros!

Kipp Shannon vaciló, sorprendido, mirando a su compañero. Los detectores de radar nada habían acusado. El visor continuaba invariable, con la negrura del espacio, salpicada por las luces de los astros.

Luego, lanzó él mismo un grito, cortando en seco su pregunta. Lo originó un repentino centelleo azul, crudo y violento, que lo inundó todo, que penetró como un reguero de luz cegadora, a través del visor

semicircular de la proa de la nave negra.

—¡El meteoro! ¡El meteoro, Kipp! ¡Cambia, cambia pronto...! —y el propio Archer, reaccionando, se lanzó sobre los mandos, para actuar sobre ellos.

Pero era tarde. La luz lo cubría ya todo. La masa azul, cegadora, caía ya sobre ellos, como un alud de los cielos, como una gigantesca bola luminosa, surgida de la negrura infinita de los cielos...

Kipp luchaba en vano con los mandos. Archer, por su parte, y al ver que Kipp hacía todo lo humanamente posible por eludir el choque, recordó que aquel fenómeno azul era el misterio tras el que sus compañeros andaban investigando, y optó por lo más práctico. Bajó la mano, haciendo girar el disco blanco de su cinturón, que parecía una hebilla y, en realidad, era una sutil cámara cinematográfica de alta sensibilidad y gran alcance, que automáticamente funcionaba ya, desde el momento de la presión giratoria dada por los dedos de Archer al objeto.

Luego, mientras la microscópica cámara fotográfica y cinematográfica funcionaba captando la escena impresionante de la llegada de la luz azul, Archer cuidó de comprobar que, tanto él como Kipp, llevaban sobre sus espaldas, y en perfectas condiciones, los tubos de proyección de oxígeno, salvavidas de eficacia máxima en situaciones como aquella.

—¡La escafandra espacial, Kipp! —voceó Archer, tomando la suya propia, del estante de emergencia del muro, y aplicándola sobre el remache del cuello de su malla negra, cuya adherencia automática enlazaba con el borde inferior de la escafandra plástica, transparente, dotada de cápsula emisora de radio, con un SOS en permanente emisión, y de otra cápsula con aire condensado a altísima presión, que le permitiría respirar, en espera de un auxilio inmediato.

También Kipp, como todo tripulante de una de las naves de los «Caballeros del Átomo», poseía su escafandra, y, al comprobar que era inútil la lucha contra aquella luz que se les venía encima, envolviéndoles en su claridad cegadora, y amenazando con un choque funesto a la nave, tomó su propia escafandra y se la aplicó con celeridad, encajándola en su propio cuello ceñidamente.

Se miraron los dos hombres a través del plástico transparente y esférico, en cuyo interior se encontraba ahora su cabeza. Con gestos rápidos y frenéticos, bañado en el azul fascinante, espectral, de aquella forma que la propia luz no permitía apreciar en su exacta estructura y dimensión, Archer avisó a Kipp Shannon de lo inmediato a realizar. Señaló el resorte automático de disparo de a bordo. Un sistema de seguridad, ensayado ya en el pasado, cinco siglos atrás al menos, por los pilotos de la primitiva aviación, y que había llevado a mayor escala en la época actual, con el funcionamiento de catapultas magnéticas, capaces de proyectar al piloto u ocupante de la nave al vacío, fuera del vehículo en peligro.

En la nave de los «Atom Knights», ese sistema de propulsión mecánica, era provocado por una abertura fugaz en el vitroplast blindado de la cabina, a la vez que los asientos disparaban al piloto al vacío, con los chorros orientadores de su cinturón de salvamento en marcha, guiando a sus cuerpos en sentido inverso al de su proyección, como lógica consecuencia de una sencilla ley física.

Archer se había sentado, Kipp también... Archer oprimió su palanca de disparo, al tiempo que se abría la cabina sobre su cabeza. Su cuerpo salió disparado. Tuvo la convicción de que también Kipp hacía lo mismo, siguiéndole en la trayectoria salvadora, con idéntica oportunidad.

Era un error de Sid Archer. Kipp Shannon no abandonó la nave.

Archer se dio cuenta de ello cuando ya era tarde, cuando él mismo era propulsado por el vacío, lejos de la forma azul, absorbente, que se abatió sobre la nave de los «Atom Knights», y pareció envolverla en su luz lívida, deslumbrante, hasta formar un solo cuerpo, igual que cuando un pez gigantesco se abate sobre otro pequeño y lo engulle sin dejar el menor rastro.

—¡Kipp! —gritó roncamente, con un impulso de angustia, al advertir que estaba solo, que flotaba solitario por el vacío, mientras de la oblonga forma negra del «A-K 1», no se descubría ningún vestigio, y la luz azul, igual que la de un meteoro voraz, que habiéndose tragado la nave de los «Caballeros del Átomo», se perdía en la distancia y se hacía infinitamente pequeña, dejando en pos suyo un reguero de luz, de chispas de color cobalto y celeste.

Era un grito inútil. La voz no brotaba de la escafandra. Flotó en el vacío su cuerpo enfundado de negro por completo, incluso en sus enguantadas manos, sin que el frío glacial del vacío absoluto, de la nada tenebrosa y sin fin cruzara el tupido tejido, especialmente creado para soportar las más bajas temperaturas, y también la proximidad del calor más candente.

Los ojos de Archer escudriñaron todo el negro océano de vacío que le rodeaba. A sus oídos, llegaba el sonido zumbante de la cápsula emisora de radio, que estaba ahora avisando con su S.O.S. automático y constante, en una frecuencia y longitud de onda especialmente creada para los «A-K». Podía respirar bien la escasa ración de oxígeno de que disponía, brotando a ráfagas espaciales de la cápsula súper-concentrada. No se ahogaba, ciertamente, pero tampoco podía respirar a pleno pulmón. Sin embargo, de ese modo le sería posible esperar varias horas en el vacío, flotando como un cuerpo desligado de toda atracción planetaria, que iba de acá para allá, solamente controlado por sus propias manos, que manejaban el funcionamiento de los chorros de oxígeno de su cinturón salvavidas, que surgían por los dos tubos de la espalda, para impedir que la inercia terrible del vacío le fuese alejando más y más, hasta un punto inaccesible...

Angustiado, muy pálido, buscó a Kipp Shannon con avidez. No estaba

en ninguna parte. Ni él, ni la nave. La luz azul del extraño, fantástico meteoro, era solamente un puntito luminoso en la distancia, alejándose hacia la Vía Láctea y Casiopea, según pudo comprobar.

Era horrible pensarlo. Pero no había otro remedio. Eso era lo que había sucedido, y así debía aceptarse, a fin de cuentas. El infortunado Kipp Shannon tuvo un mal principio con los «Atom Knights». Un principio que fue, a la vez, y por tremenda fatalidad su propio final. El meteoro azul le arrastró con la nave de los «Atom Knights», antes de que le fuera posible eludir el impacto, salvarse y salir de allí como saliera Archer. Quizás le falló el resorte de disparo del asiento, o quizás se desvaneció una décima de segundo antes de oprimir la palanca con eficacia. De cualquier modo, era el final de su aventura como «Caballero del Átomo». Y, tal vez, el final de su propia vida...

Desalentado, Sid Archer entornó sus ojos angustiados y sombríos, dentro de la forma esférica de plástico vidrioso, que le separaba de aquel prodigio sin límites que era el vacío universal, la Nada cósmica, con sus millones y millones de mundos, astros, constelaciones y nebulosas, con sus meteoros, sus asteroides, sus misterios milenarios, a los que el Hombre jamás llegaría, por mucho que fuera el progreso que alcanzase en siglos venideros...

No podía hacer nada por Kipp. Y aquella impotencia era la que le irritaba, la que provocaba su intensa furia. Pero debía ceder y doblegarse ante lo inevitable...

A fin de cuentas, hasta un «Caballero del Átomo» poseía facultades limitadas y podía ser vencido por los inescrutables designios del Creador de tanta maravilla cósmica como la que rodeaba ahora su pobre cuerpo flotante, inerme e indefenso en el Universo, esperando que el S.O.S. repetido de su cápsula radial, fuese escuchado y acudieran sus camaradas a salvarle la vida.

* * *

—Creí que moriría en el vacío, Gaar. Nunca quisiera volver a aquella situación, te lo aseguro. Entonces es cuando uno advierte más claramente que nunca lo poco que es, lo poco que significa, frente a tanta grandiosidad como te rodea, te aplasta, te absorbe...

—Olvida eso, Archer —comentó Gaar Lancer, con gesto huraño—. Y descansa. Te hace falta. La emoción del choque con... con «aquello» azul, fuese lo que fuere, la desaparición de Kipp y las dos horas de flotación en el vacío, te han dejado muy agotado. Será mejor que reposes un poco. Si quieres que te administre una cápsula sedante o una inyección calmante...

—No, no. Vete al diablo con las medicinas —se irritó Archer, incorporándose en el lecho de espuma de aire, blando y confortable—. Lo que quiero es saber el resultado de eso... ¿Saqué algo en limpio con mi cámara cinematográfica de emergencia?

—Eso, ahora lo veremos —tomó el disco blanco que había extraído de su cinturón, y lo introdujo en un proyector situado sobre una mesa metálica, blanca y brillante, situada frente a un muro igualmente blanco, de vitrolux, especialmente dispuesto para que sirviera de pantalla proyectora—. Las imágenes polarizadas, saldrán en la pantalla tal y como el objetivo de tu máquina las captó. Mientras no se proyecten, no podemos saber nada, ya que la imagen polarizada sale deforme y borrosa como tú sabes, para una mejor seguridad de nuestros procedimientos, por si alguien, en cualquier ocasión, se apoderase de esa cinta filmada...

Presionó un resorte del proyector. Éste empezó a pasar el carrete fílmico, en tanto un rectángulo de luz multicolor se proyectaba en el muro. Apareció el número de control e identificación de Archer, al principio de la proyección, sobre un margen del fotograma. Era otra de las medidas de seguridad de los «Atom Knights».

Luego, empezó la proyección de imágenes, en perfecto color y proyección estereoscópica, que les daba un realismo impresionante. Archer lanzó un gemido, con la vista fija en la pantalla. Las sensaciones sufridas en la nave, en aquellos últimos, dramáticos segundos, con la bola de luz frente a él, revivieron intensamente en su memoria, en sus pupilas, heridas por la perfecta captación de la escena.

El visor frontal de la cabina, la luz azul, avanzando impresionante... El gesto de terror, en el lívido rostro de Kipp, bañado por la claridad celeste, en un momento en que Archer se volvió hacia él, para advertirle... Más luz azul, luego un impacto brusco, un salto al vacío, un ramalazo de luz azul, y esa luz finalmente, perdiéndose en la negrura, muy lejos, sin que quedase rastro de la nave oblonga, negra, de los «Átomo Knights»...

Todo pasó. Pasó, y terminó la película. Archer suspiró, fatigado, reclinándose de nuevo en el lecho.

—Nada —dijo, roncamente—. Lo mismo que yo vi, lo mismo que os conté. No sirvió de nada...

—Espera —ceñudo, Lancer se volvió a los que se sentaban junto a él. Scott, Robin y Hawks habían asistido, igualmente interesados, a la proyección. Lancer les preguntó ahora, con un gesto de interés y preocupación en su musculoso y recio rostro varonil, de claros ojos y rubio cabello—. ¿Qué os pareció ese film de Archer, muchachos?

—Bueno. Pero poco claro —observó Robin.

—¿Por qué no exhibirlo ahora con la marcha lenta? —sugirió Hawks—. Me pareció ver algo raro, no sé el qué exactamente, Lancer...

—Sí, a mí también —corroboró Lancer, con un brillo excitado en sus ojos—. Vamos a pasar eso de nuevo, Hawks. Esperaba que alguno de vosotros lo vislumbrara también. Estad bien atentos. Lo proyectaremos lentamente. Y cuando llegue el momento preciso, haremos una

transfocación, para tomar la parte del fotograma que nos interese, ampliado diez, cien o mil veces. Atentos... Empiezo de nuevo.

Funcionó la cámara. Ahora, muy lenta. Llegó la luz, el avance al encuentro de ella, el gesto de terror de Kipp...

De repente, Hawks gritó algo ronco. Ya Lancer había captado el momento. Presionó el resorte de parada. Luego, el de aumentos de la imagen, centrando el punto transfocado a muchas ampliaciones...

—¡Ahí está! —dijo con voz ronca el jefe de los «Atom Knights»—. ¡Eso es...!

Se inmovilizó la imagen, y una zona de ella, la elegida por la manipulación diestra de Lancer fue aumentada cien veces. La imagen en color y relieve, se mostró nítida a ojos de los cinco «Caballeros».

El meteoro azul se presentaba por fin con su auténtica forma, al ser neutralizada por la cámara cinematográfica su fantástica velocidad. El objetivo de la cámara aún más rápido que su propia marcha, había logrado captar la verdad.

Una verdad sorprendente para todos. Lancer se aproximó a la pantalla, en tanto que el autor de la fotografía, el propio Archer, lanzaba una interjección de estupor.

El «meteoro», no lo era realmente. Se trataba de una nave. Una nave espacial, de volumen considerable y forma esférica que, además de su color azul, despedía una luminosidad de igual tono, a lo largo de todo su fuselaje, como una envoltura de camuflaje.

En la fotografía, se veía cómo se estaba abriendo, bajo las ventanas visoras de la cabina de mandos, una especie de boca o enorme buzón, por el que desaparecía, virtualmente engullido por el mecánico monstruo de metal, la nave oblonga de los «Caballeros» con su negra estructura... y con Kipp Shannon debatiéndose dentro de ella contra su asiento, que tal vez le había jugado una mala pasada en el momento del disparo del sistema de seguridad.

—Ahora ya sabemos lo que sucedió —dijo roncamente Hawks.

—Sí —asintió Lancer. Movió el resorte de enfoque y lo aplicó a las ventanas visoras de la nave azul. Entonces, subió un nuevo aumento, quizás mil veces el normal del fotograma. Señaló lo que aparecía en la pantalla—. Mirad ahí... También sabemos algo más. Sabemos quién manejaba esa nave del espacio...

En medio de una gran estupefacción, los ojos de los «Caballeros» se clavaron en el sorprendente fotograma captado por la agudeza de Lancer.

—¡Diablo! —estalló Robin—. ¡Ese piloto... ese piloto es... es...!

—Sí, amigo mío —asintió Lancer, con un suspiro—. Ese piloto es una mujer.

CAPÍTULO III

EL RESCATE

SÍ, una mujer... ¡Y una mujer muy hermosa, Lancer!

Asintió Gaar Lancer, depositando sobre la mesa de su despacho la ampliación obtenida del film de Archer. Una gran postal en color, con la figura ampliada del piloto de la nave azul.

Estudió larga y pensativamente, la faz ovalada y suave, de grandes ojos

color púrpura, de cabellos azules, que se ocultaban bajo el casco de piloto espacial. Examinó la boca, carnosa y muy roja, la barbilla de suave curva, la nariz breve, graciosa.

Robin tenía razón. Era muy hermosa. Pero también tuvo razón Ed Scott, cuando aseguró, tras un concienzudo examen de la fotografía:

—Hay algo raro en su cara, Gaar. No lo sé, pero juraría que sus ojos tienen un brillo cruel, malévolo... Parece gozar con lo que está provocando. Es... es algo que casi rompe su propia hermosura. Esa criatura es terriblemente malvada, Gaar.

—Sí, creo que atinas, Scott —declaró Lancer—. Es una mujer fría, dura y despiadada, si nos atenemos a esa fotografía. No sabemos si realmente todo ha quedado en ese rapto de Kipp y de nuestra nave, o si después la muerte y la destrucción han caído sobre sus presas... Pero de cualquier modo, esa mujer tiene la belleza de las sirenas legendarias... y como ellas, su canto envía a los hombres a morir contra los arrecifes. Sólo que esta vez, no es en el mar donde luchamos, sino en el espacio, en un sinfín de vacío y de negruras, donde esa mujer parece moverse muy bien.

—La nave azul es enorme —hizo notar Robin—. Y no parece terrestre. Ni ella tampoco. Es humana, desde luego, pero su aspecto... no sé, tiene algo que no corresponde a las mujeres de nuestro planeta, Gaar.

—Posiblemente no sea terrestre. No tiene por qué serlo. Sabéis los descubrimientos que se han hecho en los planetas colonizados. Sabéis que existieron razas inteligentes, de la especie humana, tanto en Marte como en sus lunas, Phobos y Deimos. No así en Venus, donde la raza extinguida era inferior, de un tipo casi de liquen vegetal. Pero evidentemente, estuvimos engañados durante siglos, al suponer que la especie humana se limitaba solamente a la Tierra.

—Existe una moderna teoría del profesor Kahak —le recordó Hawks—. Tú la conoces, Gaar. Afirma que en tiempos pasados de la Tierra, quizá durante lo que muchos han considerado su prehistoria, ya hubo continentes y pueblos como la Atlántida, pero enormemente civilizados. Continentes y razas que no supieron controlar su estado de supercivilización, como nosotros lo hicimos, y se dejaron dominar por el átomo. Perecieron extinguidos, dejando navegantes espaciales en lejanos mundos, sin posibilidad de volver a un pueblo convulso y mortífero.

—Es cierto —asintió Lancer—. Y el profesor termina su curiosa teoría, afirmando la posibilidad de que esos habitantes planetarios, imposibilitados de volver a la Tierra, crearon su propia vida en esos mundos, pero las condiciones de Marte y los demás planetas habitados no fueron propicias, y lentamente fueron en decadencia, hasta perecer, sin ninguna brillantez científica ni técnica que les permitiera jamás volver a la Tierra de nuevo. Es una teoría tan buena como otras, Hawks. Es posible que haya algo de cierto en ella, y que estemos ante una criatura superviviente de las antiguas razas

terrestres enviadas al espacio por razas que perecieron hace miles y miles de años... o quizá millones. Aún en nuestro siglo XXV la Tierra es para nosotros el primer enigma a descubrir.

—Con teorías científicas, no resolveremos nada —apuntó Scott lentamente—. Hay que encontrar a Kipp Shannon. Y hay que localizar a esa dama del espacio. ¿Cómo podemos hacerlo, Gaar?

—No lo sé —confesó Lancer—. Pero ahora dispondremos nuestras propias baterías. Sabemos ya quién roba las naves-transporte comerciales, con su personal a bordo. Existe una posibilidad de que los dados por muertos vivan aún, en poder de esa criatura del espacio. De cualquier modo, sabemos también que la nave azul es mucho más rápida y poderosa que todas las conocidas en la Tierra. Hay que hallar la forma de combatirla. Y eso nunca será posible en el espacio, porque nos llevará una gran ventaja. Es evidente que su supervelocidad es la que le hace aparecer súbitamente, sin previo aviso del radar ni de la pantalla mágica, precipitándose sobre el objetivo que elige. Y es evidente, asimismo, que posee una especie de ultramagnetismo, de gigantesca fuerza imán, que absorbe y liga a la nave inferior a su propia masa, como una fuerza de gravitación forzada artificialmente.

—Bien. Todo eso, en cristiano, quiere decir que no tenemos la menor posibilidad de combatir a esa dama del bólido azul, que se ha convertido en pirata del espacio.

Gaar Lancer volvió la cabeza hacia Archer, que era el que había hablado. Respiró con fuerza, antes de exponer sus propias ideas, con sereno acento y sin precipitarse:

—Todo eso, Archer, quiere decir que el problema es difícil, y el enemigo muy poderoso para nuestros medios técnicos. Pero no quiere decir, en modo alguno, que nos demos por vencidos. Ya dije que estamos derrotados de antemano si buscamos la pugna en el espacio. Por muy armados que vayamos, la fuerza magnética de esa supernave, nos absorberá, imposibilitando toda nuestra acción, y reduciéndonos a la impotencia en cuestión de segundos. No, ese no es el sistema, en modo alguno.

—Bien. ¿Y qué sugieres, en tal caso? —habló con gravedad Robin—. Algo hay que hacer por Kipp, además de intentar castigar a ese corsario de los cielos que ha surgido como por arte de magia...

—Y lo vamos a hacer, amigos míos —sonrió enigmáticamente el joven Lancer—. Lo haremos, o dejaríamos de ser los caballeros andantes del espacio, en los que la gente confía, como servidores leales de la Justicia. Pero también por nuestro propio amigo, por el infortunado Kipp Shannon, que no entró con buen pie en nuestra breve legión...

Los demás le miraron, confiados y con una nueva esperanza. Cuando Gaar Lancer afirmaba algo, la fe en su palabra, en su convicción y en su serenidad ante cualquier clase de problemas, volvía de nuevo al grupo de

jóvenes y atléticos millonarios que habían hecho de su vida, aburrida y sin emociones, una auténtica misión de paz y de legalidad, cuya noble meta justificaba todos los peligros y todos los riesgos pollos que habían de pasar para lograrlo.

—Cuando tú hablas así, Gaar, uno se siente mucho mejor —sonrió Archer, aliviado.

—Es la ventaja de ser siempre sincero —dijo Lancer, también con una sonrisa—. No conviene hablar confiadamente por sistema. No es bueno, porque llega un día en que la gente no cree en uno, ni uno mismo confía en lo que está diciendo. Por eso es mejor afrontar los problemas crudamente, sin verlos color de rosa que, a la larga, no sirven absolutamente para nada.

—Y, sinceramente, Lancer: ¿crees que lograremos rescatar vivo a Kipp, y con él a los demás desaparecidos?

Era Scott quien hacía la pregunta. Se volvió Gaar a él. Y habló escuetamente:

—Sinceramente, Ed... No lo sé.

* * *

Las dos naves patrullaban justamente por la zona peligrosa. En una de ellas, eran los tres «Caballeros» que tripulaban, a falta de la tercera nave negra de los «A-K».

Lancer, con Hawks, ocupaba una de las naves negras. La otra la conducían Archer, Robin y Scott, y marchaba en segundo lugar, en pos de la de Lancer, y a considerable distancia entre sí, aunque mantenían el contacto radiotelevisado entre ellos.

—Todo sigue sin novedad —señaló Lancer con una sonrisa cordial desde la pantalla fluorescente del intervisor—. Manteneos vigilantes. ¿Habéis comprobado si funciona el mecanismo detector y fotoeléctrico?

—Todo va perfectamente —asintió Archer.

—¿Y el supletorio de ultravelocidad?

—También —añadió Robin, que cuidaba de los nuevos mecanismos aplicados a la nave que capitaneaba Archer—. Todo está en perfectas condiciones. Funcionará en cuanto suceda algo anómalo.

—Lo que hace falta es que sirva de algo —gruñó hoscamente Scott.

Todos le miraron, incluso Lancer desde la pantalla.

—Tiene que funcionar —dijo Gaar con sequedad—. Hawks y yo somos la carnada para ese bonito pirata con faldas. Si aparece con su bólido azul y nos secuestra, vuestra misión está clara: no debéis en modo alguno atacar. Sería un suicidio. Y una tontería sin resultado práctico, a fin de cuentas.

—De acuerdo, Gaar —asintió Archer—. Sabemos lo que es preciso hacer. Hay que mantener la serenidad en todo momento, ocurra lo que ocurra. No estamos en condiciones de plantear una lucha abierta a ese

coloso azul. Pero sí disponemos de medios que creemos factibles para que, por mucha que sea su velocidad, sea posible seguirle, gracias al funcionamiento del detector fotoeléctrico, que nos irá señalando la ruta seguida por la nave azul, el detector que marcará las distancias y rumbo fijos de la nave perseguida. La ultravelocidad aplicada a nuestros reactores será la que nos permita ir a mucha mayor velocidad en un intento por alcanzar a la nave. O, al menos, por seguir su mismo camino lo antes posible... hasta el lugar donde ella se detenga.

—Justamente —Lancer entornó los ojos, reflexionando—. Ya sabéis que no existe nunca aviso previo de su aparición. Es súbito y violento, y no da tiempo para nada. El detector automático será lo único que funcione a bordo cuando el encuentro tenga lugar, si es que llega a tener lugar, naturalmente.

—De acuerdo, Lancer. En cuanto el detector nos avise saldremos inmediatamente con rumbo hacia allá, utilizando el mecanismo de ultravelocidad.

—Eso es. Además, hablar por intervisión podría ser peligroso. Ignoramos la clase de mecanismos y sistemas que posee la nave azul en su interior. Es posible que capte conversaciones, avisos de urgencia y todo eso y anule nuestro juego con algún truco. La dama, o quienquiera que tripule esa nave, no debe saber en momento alguno que somos sólo un cebo y vosotros los encargados de tirar de la caña.

—No lo sabrá —rió Archer—. Pero, a lo mejor, el pez resulta tan gordo que tira de la caña y todo, y mete a los pescadores en el agua.

—Espero que no ocurra eso —dijo Lancer, pensativo, con cierta ironía en su gesto—. Pero si llegase a suceder confío en que todavía sepáis nadar. Ahora, Archer, será mejor cerrar el contacto por intervisión. Mantendremos sólo el enlace magnético de los detectores de a bordo. No os aproximéis demasiado. Mantened el vuelo, rumbo y dirección actuales. Y, sobre todo, tened serenidad. Es posible que estemos frente al más peligroso y fantástico enemigo que jamás conocimos. Pero precisamente en los trances graves es cuando el hombre ha de mantenerse sereno.

—Confía en nosotros, Gaar. Sabemos dominar nuestros nervios. Y espero que sigamos haciéndolo, por difícil que sea la situación... Cierro, amigo. Suerte. Y hasta pronto.

—Suerte —repitió Lancer, como un eco—. Y hasta pronto, amigos...

Se oscureció la pantalla de televisión. Archer cortó el control del sonido. En la nave de los tres hombres reinó un silencio tenso e inquieto. Era como si se hubiera ausentado alguien cuya presencia física sentían todos a bordo. Confiaban mucho en Lancer. Era el cerebro y el corazón del audaz grupo. Además de tener fe en él, le querían como a un hermano. Todos eran como hermanos en los «Atom Knights»,

Pero Lancer era todavía más: el hermano mayor, el patriarca, pese a su extrema juventud.

Y ahora él, voluntariamente, corría con la parte más dura y peligrosa de la tarea. Hawks le acompañaba, por simple sorteo entre todos. Así lo había querido Lancer. Los dos hombres que se sometían al peligroso juego de interpretar el papel de cebo esperaban en la ruta donde tuvieron lugar los últimos sucesos espaciales.

Y los demás, Robin, Scott y Archer, también esperaban el resultado de la emboscada. Lancer tenía razón. No se podía plantear lucha abierta a una nave como aquella.

Era preciso dejarse capturar y luego intentar perseguir al raptor de los cielos.

Pero, a pesar de todo, el resultado de la aventura estaba en el aire. Y el peligro contra las vidas de los «Caballeros del Átomo» era inminente, cada vez más intenso y cercano.

CAPÍTULO IV

LA NAVE AZUL



ERO todo ocurrió súbitamente.

Los tres hombres estaban sentados ante sus respectivos mandos, con los nervios tensos y la mirada fija en los controles, pendientes de la más pequeña novedad alarmante, cuando sucedió.

El detector magnético se encendió con luz roja sobre sus cabezas. Parpadeó violentamente. Tres rostros demudados, de facciones tirantes, se alzaron hacia aquella luz. Contuvieron la respiración, no movieron un solo músculo, mientras un zumbido persistente se extendía por la cabina.

La mano de Robin actuó sobre el detector fotoeléctrico. Presionó un botón rojo, en tanto que Scott, vertiginosamente, giraba una manecilla sobre una esfera graduada hasta alcanzar la cifra de 250.

Teniendo en cuenta que cada unidad de aquella esfera correspondía a un millar de kilómetros por segundo, la marcha marcada en el control de ultravelocidad era de doscientos cincuenta mil, casi la velocidad misma de la luz. Solamente si la nave era ultralumínica, la nave azul, se entendía, sería imposible darle alcance.

—¡Alarma! —dijo roncamente Archer—. La nave de Lancer ha sido atacada... ¡En marcha ya, muchachos! ¡A por Gaar y sus atacantes!

Robin y Scott se mantenían tensos, inclinados sobre las respectivas pantallas de sus tableros. Allí aparecían los datos precisos para su acción rápida y urgente.

En el cuadro mágico de Scott un trazo de fantástica velocidad, desfilando por zonas graduadas del espacio, según las más perfectas y matizadas cartas celestes, señalaba la supervelocidad actual de la nave «A-K 3» de los «Caballeros del Átomo».

Y en la pantalla de televisión de Robin el detector fotoeléctrico, sobre otra zona perfectamente graduada y señalada del espacio, iba marcando un punto luminoso azul que huía, huía más y más, alejándose de ellos, pero dejando en pos suyo un rastro azul, duradero, que Scott seguía, desde su propio control, lo mismo que Archer en el movimiento orientador del rumbo de la nave.

Toda esa ardua y sincronizada labor de coordinación entre los tres audaces viajeros del Cosmos iba moviendo la nave espacial con sentido perfecto y con eficacia formidable por las rutas invisibles y vacías del espacio sideral, en pos de un auténtico fantasma.

Un fantasma azul que ya había caído, cual buitre luminoso y colosal de las negruras sin luz ni aire, encima de la nave de Lancer y Hawks, absorbiéndola y arrastrándola, como a las anteriores, hacia su propio punto de origen remoto.

Un punto de origen que, sin las innovaciones técnicas de la nave de Scott,

Robin y Archer, hubiera sido imposible controlar. Y aún con todos esos sistemas mecánicos hacía falta la agudeza mental y física de aquel trío de audaces combatientes del espacio, cuyo esfuerzo se mantenía contra viento y marea, en una coordinación difícil y complicada.

—La velocidad es tremenda —dijo roncamente Archer—. Ese bólido azul al menos va a trescientos mil por segundo. Es la velocidad de la luz, o quizá más. ¿Adónde nos llevará la maldita nave? Perderemos casi cincuenta mil kilómetros por segundo. Si esta persecución dura mucho tiempo la distancia entre ellos y nosotros será tan enorme que estaremos incapacitados para encontrarlos jamás, a pesar del ojo electromagnético y de todo lo que Lancer ha previsto.

—Dios no querrá que eso suceda —habló Scott tenso—. Después de todo, son sólo unos segundos. Hemos perdido ya medio millón de kilómetros, pero son solamente dos segundos de retraso. Si dura pocos minutos, la estela de luz del ojo fotoeléctrico situado en la nave de Lancer seguirá ofreciéndonos su imagen lo bastante nítida como para poderla seguir. Y aunque tardemos algún tiempo, lo importante es no desviarnos y llegar adonde ellos lleguen. Sea cuando sea, muchachos.

Nadie respondió. Todos se mantenían en su puesto de combate. Era un combate sordo, silencioso, incruento. Una cacería despiadada y silente a través de los cielos, a través de millones de kilómetros, siempre siguiendo un rumbo curiosamente igual: hacia la mancha larga y blancuzca de la Vía Láctea, hacia los astros de Casiopea, concretamente. Y más concretamente aún Archer comprobó que la ruta enfilaba hacia Nova 1.572, la posición teórica de la fugaz luz estelar surgida hasta brillar con la intensidad de Venus dentro de la constelación de Casiopea para extinguirse después totalmente.

Era la marcha. Y ellos la mantenían. La nave devoraba las distancias ingentes del espacio, pero sin poder competir con la superlumínica de la nave azul, de la corsaria del espacio que había capturado a Lancer y a Hawks, como antes lo hiciera con Kipp. Que quizá, como a él, les había aniquilado ya brutalmente.

En cuyo caso a los «Caballeros del Átomo» sólo les quedaría un objetivo por cumplir, aunque fuese el último que alcanzaran en sus vidas: vengarse. Vengar a los camaradas muertos.

Pero la esperanza no se extinguía en sus espíritus. Era lo único que les alentaba a seguir aquella persecución asombrosa, de fabulosas dimensiones, a lo largo y lo ancho de los grandes vacíos siderales.

* * *

—La pérdida es ya muy grande, Scott. Hemos perseguido a ese maldito vehículo espacial durante mucho tiempo. Llevamos un atraso de muchos miles de kilómetros.

—Pero la estela de luz es visible en el ojo foto eléctrico —observó Robin—. Y en tanto eso ocurra seguiremos adelante. No importa cuándo llegaremos. Lo importante será llegar adonde ellos vayan. Y descubrir el porqué y el cómo de estos secuestros cósmicos.

—De cualquier modo, el lugar adondequiera que vaya el meteoro azul está ya cerca —avisó Archer, con voz tensa—. Mirad. Nos acercamos a un cinturón de grandes asteroides. Y la nave no parece dispuesta a llegar hasta Casiopea, se está desviando. Enfila hacia uno de esos asteroides, es evidente. Juraría que ya estamos frente a la meta de esa nave misteriosa.

—Mientras esta persecución sirva de algo —dijo Robin con escepticismo. Y nadie le contestó ni objetó nada a su observación.

—¡Eh, mirad! —gritó de súbito Yanko Robin, señalando la pantalla—. ¡Ved eso!

Todos los ojos siguieron la dirección señalada por Robin. Sid Archer y Ed Scott se volvieron, clavando la mirada en la pantalla mágica indicada por Robin excitadamente.

La chispa azul se había apagado por fin. Se extinguió en un punto determinado de la cuadrícula luminiscente de la pantalla. Sólo la estela azul quedaba ante ellos, como un reguero luminoso que debían seguir. Y lo seguían.

—¡Ha llegado! —gritó roncamente Archer—. ¡Ha tocado suelo en alguna parte y ha detenido sus motores! ¡Pronto, Robin, compruebe la longitud y latitud celeste de ese punto con la mayor precisión! ¡Es necesario hallar el planeta o asteroide adonde haya ido a parar!

—Sí, Archer, enseguida —aseguró Robin, pulsando dos botones, uno de longitud y otro de latitud, blanca una tecla y azul la otra. Confluyeron dos líneas punteadas de luz en la pantalla, y Robin, moviendo un dial automático, logró hacerlas converger en un punto donde coordinaron exactamente. El punto mismo donde la mancha azul se había diluido súbitamente.

—Ya está —informó.

—Dame los datos —pidió Archer, que seguía conduciendo a la ligera nave de los «Atom Knights» a una velocidad fabulosa por el vacío, rozando casi los límites increíbles de la velocidad lumínica.

—Dieciséis grados, once segundos, tres décimas de longitud por siete grados, un segundo, ocho décimas de latitud, según la carta 837 del espacio —informó, comprobando las cifras que un traslator automático reflejaba en un borde negro del mapa luminoso del aire.

—Perfectamente —Archer consultó los mapas que automáticamente iba pasando un controlador ante sus ojos. Por fin apareció el mapa 837 en sus diversas fases anuales, según los datos más recientes, obtenidos por los radiotelescopios de todos los observatorios y centros de investigación espacial de la Tierra, la Luna, Marte, Venus, Júpiter y las estaciones

artificiales en órbita. Localizó una forma en el mapa que correspondía a aquella época del año. La señaló.

—Aquí está. Un cuerpo celeste en órbita normal y regular. Pasa durante esta época del año a la altura de Casiopea. Y se mantiene entre los dieciséis y veinte grados de longitud y entre los seis y nueve de latitud, durante estas semanas. Ahí tenéis el punto de destino de la nave azul. Y hacia ahí vamos ahora nosotros. Hay noventa y siete probabilidades entre cien de que ese sea nuestro auténtico punto de destino.

—Ya veo. Asteroide Z-38 —leyó Scott en el mapa celeste—. Grandes dimensiones. Casi las del satélite terrestre, la Luna.

—Muy aproximadas, sí. Archer, ¿quieres comprobar las características del asteroide Z-38, si están incluidas en el Anuario del Espacio?

—Claro —Archer situó el piloto automático y consultó un volumen de papel plástico, muy ligero, dividido en todas las complejas materias de la investigación y de los viajes espaciales. Hojeó la parte destinada a los asteroides. Encontró lo que buscaba, pero no era demasiado explícito.

—Aquí está —dijo Archer, señalando el párrafo dedicado al asteroide Z-38. Leyó—: «Asteroide de órbita bastante regular durante los últimos cien años, como todos los que forman un gran anillo de asteroides, situados entre la Luna y Marte, sobre la zona de Casiopea en el verano. Las brumas rodean a éste y otros asteroides de su grupo, acompañándoles en su marcha, lo que hace suponer la existencia de aire respirable. O al menos de una atmósfera que también podría ser venenosa. Los viajeros estelares no han considerado necesario acercarse a él para investigar, ni tampoco a ninguno de los otros que le rodean, aunque el asteroide Z-38 sea el mayor, de dimensiones muy parecidas a las de nuestro satélite, la Luna. Sobre sus habitantes no se ha especulado, pero aunque no parece probable su presencia, tampoco se ha demostrado científicamente su inexistencia. El análisis espectrográfico revela escasez de minerales valiosos, al menos en sus zonas visibles. La ausencia de movimiento de rotación en ese asteroide, al igual también que en la Luna, impide que la otra cara del mismo haya sido vista, por lo que se ignora si en esa faz oculta existirán minerales de otras especies distintas a las descubiertas en el espectrógrafo».

Cerró el libro. Eso era todo. Los viajeros se miraron entre sí, intrigados. El anuario no revelaba gran cosa que pudiera servir de guía. Todo era tan nebuloso que el asteroide Z-38 podía ser realmente un mundo habitado y rico, o solamente un enorme pedrusco viajando eternamente por los espacios, como millones y millones de asteroides y de meteoros o aerolitos.

—Bueno, vamos a por todo, o a por nada —suspiró Archer, apretando el timón de la nave «A-K 3» con energía, muy fuertemente oprimidas sus mandíbulas—. Vamos hacia ese asteroide con todas sus consecuencias. El corazón me dice que allí están Lancer y Kipp. No sé si vivos o muertos, pero están.

—Es curioso, pero tengo la misma corazonada —asintió Yanko Robin—. Creo que los encontraremos allí, Sid.

—Pero, me pregunto lo mismo que Archer —intervino Scott, pensativo—. ¿Vivos... o muertos?

* * *

Asteroide Z-38...

Estaba ante la proa de su nave. Y el anuario en eso había sido particularmente fiel. Poseía de verdad una borrosa capa de nubes en torno, rodeando el enorme peñasco flotante como una masa de algodón que pretendiera suavizar un golpe o un choque demasiado brusco.

—Desciende —señaló Robin—. La huella azul ha terminado en la pantalla. Estamos en el lugar exacto, según todos los datos. No puede haber error.

Ya entraba la nave en su radio de atracción gravitatoria, Scott había enfilado los cañones lanzagranadas de a bordo por si eran agredidos por alguien. Pero la maniobra de descenso sobre el asteroide se cumplió sin problemas de ninguna especie ni de tipo técnico ni provocados por ser viviente alguno.

Al hender la masa de nubes con sus reactores a marcha reducida y sus frenos de descenso en funcionamiento, el suelo del asteroide se ofreció a sus ojos con una visión esplendorosa e insospechada.

—¡Eh, mira! —aulló Scott con un respingo—. ¡Cielos, qué suelo más fantástico!

—¡Parece un diamante colosal! —añadió Robin, estupefacto.

—Pero solamente lo parece, muchachos —les recordó Archer, ceñudo—. A no ser que el anuario diga una tontería al asegurar que este mundo no tiene nada valioso perteneciente al reino mineral. De cualquier modo, «eso» parecería el más increíble y fabuloso campo de diamantes que jamás vi.

Bajo la nave, el suelo centelleaba, herido por la luz de los astros, que se reflejaba, irisada, en grandes masas de roca cristalina, en superficie de duro aspecto vidrioso, en macizos de prismas transparentes, azulados, que centelleaban deslumbradoramente, en un juego de tonalidades de gran belleza. Había también rocas opacas, de un tono pardo verdoso, pero lo que más abundaba eran las cristalizaciones en las formas más dispares y prismáticas.

—Opino como el anuario —dijo finalmente Robin; y él tenía razones para hablar así, ya que su familia tuvo negocio de piedras preciosas en la Tierra y él creció rodeado de gemas valiosas—. No son diamantes, ni mucho menos. Es puro cristal de roca, una gran amplitud de cristalizaciones naturales, sin la menor semejanza en valor o en estructura con las piedras preciosas. Un fenómeno mineral, propio de un mundo distinto al nuestro.

La nave se posó suavemente, sin que sucediera nada extraño. No hubo convulsiones, ni apareció persona alguna a la vista, ni surgieron naves azules para atacarla. Todo se mostraba singularmente quieto, plácido y

silencioso en torno suyo.

—Quizá, después de todo, nos hemos equivocado —apuntó Scott, que empuñaba su pistola descargas térmicas, ataviado con la escafandra para zonas sin aire respirable, manteniendo la mirada fija en los visores frontales de la nave, por si algo anómalo sucedía en el exterior.

El mismo temor asaltaba ya a los tres «Caballeros del Átomo». Era mucha la paz exterior, el silencio de la desértica extensión cristalina, salpicada de prismas diamantinos, irisados en sus reflejos de luz.

—De todas maneras vamos a salir —dijo Archer—. Hay que hacerlo, sea como sea. Y lo haremos. La nave azul, si realmente llegó aquí, no hará ni tres minutos que se detuvo. Y ya sobre un suelo de perfecta solidez como éste su velocidad superlumínica de poco sirve. Pasa a ser una estructura normal, de normales acciones y movimientos. Es preciso hallar las huellas de su aterrizaje, localizar la nave y después buscar a Lancer y a Hawks.

—Estamos dispuestos —habló Scott con voz firme.

—Vamos ya. Estad dispuestos para lo peor. Es posible que toda esa calma no sea más que aparente y los peores peligros nos acechen en este asteroide. Si es así, confío en que no seremos otras tres víctimas que añadir a su lista de enemigos vencidos. ¿Enterados?

—Sí, Archer. Vamos ya.

Se encaminaron a la puerta de la nave. Salieron al exterior, resueltamente, a través del compartimiento estanco para descomprensión y adaptación a la gravedad real tras los vuelos espaciales.

Luego, la puerta exterior de la negra nave cedió su paso automático a los tres hombres. Pisaron el suelo cristalino, fulgurante, de aspecto diamantino.

Ya estaban sobre el asteroide Z-38. Frente a frente con el silencio y la quietud de aquel cuerpo celeste. Acaso, también, frente a frente con el terrible peligro oculto...

CAPÍTULO V



L pequeño detector-piloto de la escafan-dra de Archer marcó luz verde en su cuello. Eso significaba una sola cosa. Y la dijo:

—Aire. Aire respirable. Se puede respirar aquí, muchachos...

Sus compañeros le vieron mover los labios, pero no podían oírle. Sin embargo, Robin pareció entenderle, porque arrancó la escafandra de su cuello y respiró a pleno pulmón. Asintió, mientras Archer y Scott se despojaban de sus propias escafandras y también introducían en sus pulmones el aire ligero, perfectamente respirable y rico en oxígeno.

—Sí, se respira. Se respira bien aquí —dijo Scott, mirando en derredor con aire receloso—. Pero estoy preguntándome por cuánto tiempo nos dejarán respirar.

El sentido del humor del escocés no era precisamente alentador para los compañeros. Archer arrugó el ceño de un modo ininteligible, echando a andar sobre el duro y resbaladizo suelo cristalino, en el que sus figuras se reflejaban como en espejos azulinos, igual que si un hielo purísimo o un enorme espejo azogado de añil sirviera de superficie al asteroide Z-38.

—Hemos de distribuir la tarea —manifestó Archer con voz firme—. O nunca encontraremos nada práctico. El asteroide es pequeño, pero no lo suficiente como para que podamos recorrerlo en todos los sentidos en unas pocas horas. Ni siquiera en días o meses si hemos de hacerlo por nuestro propio pie.

—¿Y por qué no utilizar la nave? —indagó agudamente Robin.

—No, no sería prudente. Ignoramos quiénes son sus habitantes y lo que pueden proyectar contra un intruso visitante. El riesgo que corramos nosotros sería también para Lancer, para Hawks, para Kipp... No podemos permitirnos el lujo de arriesgarlo todo a una sola carta. Son demasiadas vidas en juego y no precisamente las nuestras tan sólo.

—Es posible que estemos a miles de millas del lugar donde cayó la nave azul si es que cayó en este planeta —objetó Robin, sombrío—. ¿Qué seguridad existe de que logremos dar con ellos alguna vez? No, Archer, algo anda mal aquí y estamos perdiendo un tiempo precioso.

Sid Archer se daba cuenta también de eso. Pero conocía lo limitado de sus posibilidades en aquel mundo extraño y sin probabilidad de localización de la nave azul, excepto si se dejaban ver, planeando sobre el asteroide, lo cual les situaría en desventaja respecto a los raptores de sus camaradas.

—A pesar de todo, Robin, no podemos hacer milagros. Ya se logró más de lo esperado llegando hasta aquí en pos de la nave azul, si realmente se posó

en este asteroide. Lo demás ha de llegar providencialmente... o no llegará nunca.

—En cuyo caso, Lancer y Hawks se habrán sacrificado estérilmente —suspiró Robin, abatido.

Sid Archer enarcó las cejas, pensativo... Luego declaró con firmeza:

—De cualquier modo ellos lo arriesgaban todo y lo sabían. Pero Gaar me dijo, antes de iniciar la aventura, que nuestra labor, con ser importante, era secundaria si lo demás resultaba bien.

—¿Lo demás? ¿Y qué es «lo demás»? —se interesó Scott, perplejo.

—Eso... sólo Lancer lo sabía cuándo lo dijo —manifestó finalmente Archer, encogiéndose de hombros—. Ahora, amigos, dejemos la charla para otra ocasión. Hay que iniciar la búsqueda. ¿Lleváis vuestras brújulas espaciales?

Asintieron ambos. Archer añadió con decisión:

—Entonces nos separaremos, tomando tres rumbos distintos. Pero dentro de una hora nos reuniremos en el punto de confluencia situado al norte, entre nuestras respectivas marchas.

—Durante nuestra ausencia pueden apoderarse de la nave, Archer —objetó Robin.

—Nadie podrá llevársela de ahí, descuidad. El sistema de marchas carece de un pequeño adminículo imprescindible —sonrió, golpeando una de las bolsas impermeables de su cinturón—. La cápsula nuclear concentrada. ¿Lleváis vosotros las vuestras?

—Sí.

—Pues si algo sucede, si uno de nosotros no vuelve, o solamente regresara uno junto a la nave, ya sabe cómo ponerla en marcha. Precisa la cápsula nuclear. Algo que nadie puede suplir, porque vosotros sabéis que nuestras naves precisan el combustible en una exacta medida y concentración para ponerse en funcionamiento.

—Al parecer, todas las precauciones humanamente posibles están tomadas —suspiró Robin, iniciando la marcha—. Dios quiera que no sea otra cosa, la que falle.

* * *

—¿Qué diablos es lo que sucedió realmente? ¿Puedes explicármelo?

El interpelado no respondió inmediatamente. Estaba comprobando, con expresión ceñuda, la total ausencia de armas, de bolsas plásticas impermeables, de compartimientos más o menos disimulados en su cinturón y en su uniforme, totalmente vaciados o ausentes de su negra indumentaria.

Luego, con una suave palmada sobre las suelas magnéticas de sus zapatos espaciales, que les permitían, como a todos los «Caballeros del Átomo», moverse igual en la Tierra que en la Luna o en otro planeta o satélite aún menor, sin experimentar en sus cuerpos la sensación de ingravidez de una

menor fuerza de gravedad, en razón de la masa planetaria que pisaban, declaró, sin responder a la pregunta de su compañero:

—Bueno, al menos el calzado gravitatorio nos lo dejaron para que podamos movernos como seres normales. Pero de lo demás, voló todo. Ni un arma, ni una carga explosiva, ni un corrosivo, ni alimentos concentrados... Nada, de nada, amigo mío.

—Eso quiere decir, en buen cristiano, que estamos inermes —suspiró el otro—. Inermes y en poder del enemigo.

—Más o menos, ésa es la situación. Y eso es lo que sucedió. ¿Contestadas tus preguntas, mi querido Hawks? —y el rostro sombrío de Gaar Lancer no expresó la menor satisfacción ni ironía al hablar así.

Glenn Hawks meneó la cabeza con énfasis y se pasó las manos sobre el uniforme, igualmente carente de aditamentos, armas y útiles de cualquier especie.

—Desplumados —gimió—. Desplumados y en un lugar que sólo Dios sabe dónde está. ¿Crees que esto es precisamente una victoria, Gaar?

—No he dicho eso —sonrió agriamente Lancer, con una luz irritada en sus pupilas. Miró a su alrededor hacia los muros cristalinos, de un azul gris opalescente. Aquellas paredes despedían frío. Un intenso frío propio del hielo y de un lugar no sometido a la luz de ningún sol—. Rara prisión la nuestra, Hawks. Parece que nos han metido en una vitrina o cosa parecida.

Hawks tocó con las puntas de los dedos el muro que les circundaba. Asintió, pensativo.

—No es hielo —admitió—. Lo parece, pero no lo es, Lancer. Más bien parece cristal duro en estado natural. Quizá sean cristalizaciones minerales que se hallan en estado evolutivo.

—Es lo que yo he pensado —admitió Lancer, taciturno—. Y me pregunto dónde estaremos y cómo nos redujeron a la impotencia para quitarnos todo cuanto poseíamos sin advertirlo siquiera.

—¿Nos habrán podido seguir Archer y los demás?

—No lo sé. No debemos contar con eso, Hawks. Solamente nuestros propios medios deben servirnos para salir de esto.

—¿Medios? ¿Contamos con alguno? —indagó Hawks, desalentado.

Lancer no respondió. Al menos no lo hizo de palabra. Pero sus ojos advirtieron algo a Hawks. Algo que hizo a éste contener cualquier pregunta y asentir, con total inexpresividad, añadiendo lentamente:

—Ya veo. Solamente nos queda la esperanza, Gaar. Los «Caballeros del Átomo» jamás pierden su fe en que suceda lo mejor para ayudarles a salir de líos como éste.

—Exactamente —y la sonrisa de Gaar Lancer reflejó una enigmática intención que Hawks no acababa de captar totalmente—. Ahora sigamos examinando nuestra prisión por si hubiera alguna salida o en ella existiera

algún indicio que nos oriente sobre el lugar en que estamos y la naturaleza de nuestros raptores. ¿Recuerdas algo del rapto, Hawks?

—No. Sólo el resplandor azul surgiendo del cielo... un desvanecimiento... y nada más. Ni siquiera descubrí el rostro del piloto de aquella nave azul, fuese hombre o mujer, ésa es la verdad.

—Tampoco yo —suspiró Lancer—. Nos redujeron a la total inconsciencia por medio de algún sistema magnético especial. De modo que olvida eso. Pensemos en salir de esta celda de cristal, que es lo que realmente importa.

Iniciaron la exploración en busca de aquella problemática salida del recinto cristalino, aparentemente hermético. Fue como presentir lo que iba a suceder inmediatamente. Lo que realmente sucedió, solamente unos segundos después.

—¡Eh, Gaar, mira allá! —gritó roncamente Hawks, cuando iniciaban el examen minucioso del lugar—. ¡Luz! ¡Luz azul, Gaar!

Lancer giró en redondo, con expresión tensa. Era cierto. La luz azul hirió sus ojos, llegando de una fisura en el cristal que iba abriéndose lentamente, cediendo paso a alguien que portaba aquella luz hasta convertir la grieta en amplia abertura, como una puerta mágicamente abierta en el muro de dura superficie cristalina.

—Alguien viene —musitó Gaar Lancer—. Alguien viene a por nosotros, Hawks. Ahora sabremos qué clase de personas o de seres tenemos enfrente... aunque sea tal vez lo último que sepamos en la vida.

Hawks y Lancer se mantuvieron erguidos, silenciosos, con todos sus nervios, en tensión, mientras por la abertura de la roca entraba aquella luz azul, procedente del chisporroteo de una singular antorcha portada por el primero de los recién llegados.

Cuando la fuerza de la luz en las pupilas habituadas a la penumbra de ambos prisioneros se hizo más leve y tolerable, Lancer y Hawks pudieron ver, claramente, el aspecto físico de sus captores.

—Y el enigma se desveló —dijo simplemente Hawks con sarcasmo—. Ahí los tenemos ya, Lancer. Esos son nuestros enemigos...

Pero la respuesta de «ellos» no se hizo esperar. Y, para sorpresa de ambos «Caballeros», les llegó en lenguaje perfectamente claro, inteligible, en su propio idioma, y pronunciado con voz firme y correcta por uno de aquellos extraños personajes:

—Se equivocan ustedes, señores. No somos sus enemigos. Por el contrario, venimos a salvarles de su encierro... a devolverles la libertad...

* * *

—¿Lo entiendes tú, Lancer?

—Por el momento, no. Pero aguardemos. Todo tendrá su explicación. Vale más no precipitar los acontecimientos, Glenn.

—No trato de precipitarlos, pero me he llevado una sorpresa.

—Yo también —Gaar Lancer miró de soslayo a los personajes que les transportaban a bordo de un singular patín azul, centelleante, que se deslizaba sobre un filo acerado, como si fuese avanzando sobre el hielo. Y no era mucha la diferencia aparente entre una superficie helada y el cristal irisado de la corteza de aquel, pequeño mundo—. Mi primera sorpresa fue ver que son perfectos humanoides, seres como tú y como yo, Hawks. La segunda, que son amigos. Y el oírles hablar nuestra lengua, por supuesto, constituyó una sorpresa de propina. Habrá que irse habituando a ellas y no demostrar asombro por nada.

El patín azul, agudo y fulgurante, hendía la superficie como con un zumbido ululante, producido por el roce de su filo central sobre el cristal, al que rayaba tenuemente, en especial cuando describía un giro cerrado en alguna curva, entre rocas abundantes en cristalizaciones prismáticas, policromas de luz en sus refracciones.

Gaar Lancer y Glenn Hawks, los dos audaces «Caballeros del Átomo», ocupaban un asiento delantero, junto a la pareja que tripulaba aquella nave. Detrás de ellos, otros seis personajes se mantenían; erguidos, silenciosos, con una sonrisa amable pero algo forzada en sus rostros pálidos y delgados. La única diferencia entre un ser humano normal y ellos consistía quizás en la mayor tersura de su piel, sin arrugas, y ligeramente translúcida, hasta el punto de dibujarse limpiamente la mayor parte de sus venas, y muchos tendones. Gaar Lancer, mentalmente, atribuyó esa característica física a un período de decadencia racial en los humanoides de aquel mundo lejano.

Por lo demás, eran perfectamente normales, de estatura algo reducida y cráneo ligeramente súper desarrollado en proporción a su altura y delgadez. Pero sin deformaciones monstruosas. Los ojos eran claros, el cabello ralo y escaso en algunos, con tendencia a los tonos rubios, y totalmente ausente en muchas cabezas. Al menos, ésas eran las impresiones obtenidas del examen de los ocho primeros humanoides que descubrían en aquel mundo.

Vestían indumentarias de un tono gris plomizo, ceñidas a sus cuerpos; pistolas de forma cilíndrica, rematadas por esferas doradas, colgando de sus cintos. Parecían débiles físicamente. Y amables y corteses, aunque preocupados por algo.

—Me gustaría saber por qué conocen nuestra lengua —suspiró Hawks, tras un silencio, mientras continuaban avanzando por las llanuras cristalinas a bordo del vertiginoso patín azul—. Y cómo nos encontraron allí. Y por qué nos han libertado. Y qué es lo...

—Quieres preguntar demasiadas cosas a la vez —sonrió Lancer—. Ten calma, amigo. Ya lo sabremos todo a su tiempo.

—Comprendemos su curiosidad —dijo de pronto uno de los dos conductores del patín volviéndose hacia ellos. Su mirada azul y límpida era noble y cordial—. Mientras llegamos a Suprema, nuestra ciudad, puedo orientarles sobre algunas cosas, no muchas. Nuestro presidente conoce

mejor los detalles que a ustedes interesan. Pero algunas de sus dudas son fáciles de resolver. Su lengua la aprendimos hace ya tiempo. Poseemos una civilización muy avanzada. Somos capaces de captar, con nuestros ultra receptores, las emisiones de radio y televisión que ustedes realizan entre los planetas. Por ellas fuimos descubriendo cuáles eran los idiomas más sencillos y prácticos. Somos un pueblo práctico, con una gran facilidad para admitir lo que tenemos de malo y acoger lo bueno. Es lo que hicimos con su lengua internacional. La adoptamos, desterrando nuestros complicados dialectos, y ahora, todos hablamos su lenguaje, aprendido por alta concentración mental, en muy escaso tiempo.

—Ya veo. Es una raza supercivilizada —habló Lancer, pensativo.

—Eso es. Hemos alcanzado un alto nivel de desarrollo mental, científico y político, señor.

—Sin embargo, en la Tierra nadie sabe nada de ustedes.

—Tampoco lo deseamos —sonrió el conductor del patín—. No nos gusta salir de nuestro propio mundo. Vivimos encerrados en él porque sabemos lo que las gentes de la Tierra o de otro planeta habitado pensarían de nosotros. No sé por qué, siempre que se habla de un «extraño», de un visitante interplanetario, se ve en él a un invasor, no a un amigo o a un vecino cordial y fraterno. Vale más no correr ese riesgo.

—Sí; la gente es recelosa por naturaleza. Y el recelo, el miedo a las invasiones de otros mundos, ha aumentado en estos últimos tiempos. Es una psicosis natural a fin de cuentas. A la que creo que contribuirán poderosamente los incidentes de esa nave azul, con los raptos de personas y aeronaves terrestres.

—Oh, eso —suspiró el conductor, ensombreciéndose su rostro—. El presidente Zohr está muy disgustado con ello. Hemos captado algunos de sus sucesos, sin poderlos controlar a tiempo y mucho menos evitarlos. Pero tenga por seguro que el ataque de que usted y su amigo fueron víctimas será el último que se cometa contra una nave terrestre.

—Me gustaría creerlo —musitó Lancer, ceñudo. Y añadió con tono curioso —: Pero ¿quién es realmente el agresor de la nave azul? ¿Y de dónde procede esa magnífica nave?

—Ésas son dos cuestiones que no estoy autorizado a revelar —respondió el hombre de piel translucida y cráneo desarrollado, volviendo su atención al volante del vertiginoso patín—. Espere a hablar con el Presidente Zohr. Él se lo explicará, señor.

—Pero había una mujer —intervino Hawks.

Los claros ojos del hombre de cráneo desarrollado, se fijaron en Hawks. Asintió luego, muy despacio.

Y declaró, con un tono singular en su voz:

—Sí, había una mujer... —se detuvo, miró ante el patín, y declaró,

cambiando de tono—: Estamos llegando, señores. Ésa es Suprema, la capital del Asteroide...

Lancer y Hawks volvieron la cabeza, contemplando el punto de destino del patín. Su conductor tenía razón. Allí estaba la ciudad. Una ciudad sorprendente y admirable...

* * *

—En verdad sorprendente y admirable —dijo Lancer, con voz firme, apartando sus ojos de las cúpulas azules que remataban los muros irisados, de cristal pulimentado, con formas poliédricas que hacían parecer el lugar como un bellísimo, fantástico conglomerado de gigantescos diamantes, de gemas fabulosas, agrupadas en forma de ciudad, de urbe esplendorosa, sin igual en parte alguna—. La ciudad más maravillosa que jamás vi, señor Presidente.

El Presidente Zohr, no más alto que sus hermanos de raza, con un cráneo igualmente súper desarrollado, un rostro de piel translúcida, noble y afilado, ojos muy azules, y boca delgada y risueña, asintió despacio, moviendo su cabeza de arriba abajo. Un uniforme centelleante, bruñido, de un tejido brillante, casi luminoso, de vivo color verde, cubría su figura. Una breve capa, de un verde más oscuro, y forro blanco, colgaba de sus enjutos hombros, dándole un aire marcial, casi arrogante.

—Sí, es una ciudad muy bella, lo sé —declaró con voz suave, hablando perfectamente el idioma universal de la Tierra—. He visto en las emisiones de televisión de ustedes, captadas por mis Servicios de Radio Comunicación, la clase de ciudades y edificaciones que tienen ustedes. Son muy bellas también. Pero no poseen los cristales rocosos que aquí abundan. Y en eso estriba la diferencia...

—Creo que hay otras diferencias —dijo lentamente el joven Lancer—. No basta el material para dar belleza a algo. Requiere sensibilidad, espíritu creador... Me maravilló esto desde que lo vi, cuando éramos trasladados en el patín. Ahora, desde aquí, el espectáculo es más impresionante todavía.

Volvió la cabeza, al no recibir respuesta. El Presidente Zohr, con lentitud, abandonaba la plataforma semicircular, asomada a la ciudad cristalina, para entrar en la torre de vidrio donde tenía su residencia. Lancer, le siguió, esperando sus explicaciones. Como había dicho el conductor del patín, era Zohr quien podía aclararle los misterios del Asteroide y de las raras agresiones a los seres de la Tierra. Esperaba que ahora llegara eso. Ya estaban él y Hawks en presencia del Presidente de aquella raza humana, supercivilizada, que habitaba el Asteroide, por causas aún inexplicables. Faltaban las explicaciones del Presidente Zohr. La solución del misterio.

En el gran salón resplandeciente, que parecía un auténtico prodigio, un palacio de hielos eternos, Zohr, muy despacio, se volvió hacia él. Clavó en Lancer su mirada triste, de un azul vacuo, en presencia de Hawks, silencioso y lleno de curiosidad.

—Mi querido amigo, hemos sido víctimas de un robo inaudito —dijo por fin Zohr.

Lancer parpadeó. Luego, enarcó las cejas y miró fijamente al Presidente de aquella raza humana en decadencia.

—¿Un robo? —preguntó, perplejo—. Temo no entender, Presidente...

—Es fácil. Nosotros logramos descubrir lo que vuestros hombres de Ciencia están buscando desde hace siglos, la auténtica revolución astronáutica: una nave capaz de superar la velocidad de la luz. Nuestra obra más grandiosa.

—La nave azul...

—Eso es. La nave azul. La que comete asaltos, robos, delitos de vileza inconcebible. Un elemento de gran utilidad científica, si se controla por manos nobles y honradas. Un arma peligrosa e invencible, en poder de alguien como quien nos lo robó, cuando estaba en período de pruebas... No existe otra nave igual. No podemos perseguirlo ni intentar darle caza, ni destruirlo siquiera. ¿Lo entiende ahora?

—Sí. Inventaron algo magnífico. Y otros se aprovechan de ello. Les robaron su nave azul, ultralumínica y ahora, ejercen la piratería. Un compañero nuestro es su prisionero... o su víctima. Hay otros varios. Pero si ustedes no han sido culpables de eso... ¿quién ha robado el bólido azul? ¿Algún rebelde, algún delincuente de Suprema?

—No, amigo Lancer. Nada de eso. Un enemigo nuestro. El mayor enemigo de la civilización en el Asteroide Skaaz, como nosotros lo llamamos.

—¿Existen enemigos aquí?

—Los peores que podrían, existir. Los que intentan, por todos los medios, aniquilar la ultracivilización de Suprema y de todo Skaaz. Los «Medievos»...

Hawks y Lancer se miraron entre sí, atónitos. La palabra «medievo» no les resultaba precisamente desconocida. Ellos mismos, «Caballeros del Átomo», habían tomado su nombre de las costumbres caballerescas del Medievo terrestre. Pero allí, en un Asteroide súper civilizado, oír hablar de algo medieval, resultaba extraño y chocante...

—¿Ha dicho... «medievos»? —indagó Lancer, curiosamente.

—Sí, ha oído bien —sonrió pálidamente el Presidente Zohr—. Existen en Skaaz lo que ustedes llamarían «medievos» o seres de una Era medieval. Son atrasados, feudalistas, tiranizados por un sistema sólo admisible siglos atrás, y que pretenden mantener ese estado de cosas... pero procurando destruir lo que significa civilización, progreso, elevación del ser humano a su condición normal y digna... Ésos son los «medievos», y esos son los ladrones de la nave azul ultrasónica.

—Entiendo —Lancer reflexionó, dominando su sorpresa—. Sí, lo entiendo muy bien. Dos pueblos en un mismo mundo. Dos puntos de vista. Dos enemigos en lucha sin fin. Es un drama tan viejo como la Humanidad

misma. Pero ¿ellos son también humanos, seres como ustedes?

—Antropométricamente, difieren en algunos puntos determinados. No poseen un cerebro tan desarrollado, su epidermis es más recia, su cabello más fuerte... Están más cerca del ser antiguo, con seis o siete siglos de antigüedad, por lo menos, según las tablas de su propia existencia terrestre, que de nosotros, las razas superiores de hoy día... Pero son totalmente humanos y racionales.

—Y ellos robaron la nave azul. Con esa nave han capturado naves-transporte, seres humanos... Sin embargo, existe un factor extraño. Nosotros sabemos quién tripulaba la nave azul, en el momento de esas agresiones.

—¿De veras? —el Presidente le miró con enorme asombro—. ¿Puede decírmelo?

—Sí. Era una mujer. Una joven y hermosa mujer de cabellos azulados, ojos color púrpura, nariz breve, boca carnosa... Parecía inteligente. Y cruel.

Zohr vaciló. Arrugó su ceño rabio, poco velludo, luego suspiró, asintiendo.

—Lo imaginaba. Tenía que ser ella. La única capaz de una cosa así, es ella...

—¿Ella? —se interesó Lancer, pendiente de sus palabras.

—Sí. Una mujer excepcional. Excepcional en todo, Lancer. Una mujer hermosa y despiadada a la vez. Inteligente, culta, civilizada... pero que pretende destruir esa misma cultura y civilización que tan astutamente supo adquirir previamente...

—Temo continuar sin entender nada, Presidente. ¿Por qué todo eso? ¿Quién es la chica en cuestión?

—La princesa Zarya.

—Una princesa... —se sorprendió Hawks, parpadeando vivamente.

—Sí —afirmó el Presidente, mirando a ambos «Caballeros»—. Zarya es Princesa en su pueblo. Ella también pertenece a la Región del Medievo. Su gente la adora. Tienen motivo para ello. Es lista como el diablo. Y perversa como él mismo. Estudió aquí, después de convencernos a todos de que renunciaba a la incultura y tiranía de su gente, para cambiar las cosas. La enseñamos de buena fe. Cuando volvió a la Región del Medievo... volvió a ser la Princesa Zarya, la tiránica señora feudal, hija del Rey Tagreb, amo y señor de aquel mundo encerrado en un atraso de siglos. Se enfrentó con nosotros, con todas las ventajas. Nos atacó duramente, casi nos derrotó, pese a sus métodos primitivos, gracias a la habilidad y estudios de Zarya.

—Ahora, ya empieza todo a estar más claro. ¿Y ella tripuló la nave robada?

—Sí. Nos la arrebataron misteriosamente de la aeropista subterránea. Ahora, se dedica evidentemente a la piratería. Tal vez busca, incluso, que se enfurezcan los planetas atacados, y destruyan el Asteroide.

—Sería muy posible, sí —admitió Lancer—. Nos resultó demasiado sencillo dar con ella.

—Sí. Y les resultó también demasiado simple a sus amigos seguir el rastro de la nave azul y de su nave capturada —sonrió el Presidente—. ¿No es cierto, Lancer?

Gaar pegó un respingo, y su rostro reflejó por primera vez un desconcierto absoluto. Miró al Presidente, captando su sonrisa burlona. Rápido, cambió una mirada de inquietud con Hawks, que parecía tan atónito como él mismo, y finalmente manifestó, con voz ronca:

—¿Ha dicho... mis amigos? ¿Qué quiere decir con eso, Presidente?

Zohr se volvió hacia el fondo de la vasta sala de vidrio. En una de sus entradas con porche de columnas prismáticas de cristal de roca, apareció otro ser de aquel mundo. Lancer le reconoció. Era el piloto del patín que les había llevado hasta Suprema, la ciudad del Asteroide Skaaz, quien le miró sonriendo, con un brillo divertido en sus profundas y centelleantes pupilas celestes, de singular intensidad, al tiempo que anunciaba a su Presidente, con el respeto de ritual:

—Los huéspedes especiales están en la sala de recepción, señor. Han declarado llamarse, respectivamente, Sid Archer, Yanko Robin y Ed Scott...

—¡Son ellos! —gritó impulsivamente Hawks.

—Sí, sé que son ellos, amigo mío —sonrió el Presidente—. Son sus amigos. Visten como ustedes... Está bien, Kenxo. Hazles venir a mi presencia. Son gente de paz, como nuestros buenos amigos Lancer y Hawks.

El llamado Kenxo salió, con una inclinación. Zohr, el Presidente, se volvió a Lancer e indicó serenamente:

—Kenxo, además de ser mi doctor y mi jefe de escolta personal, es mi consejero y asesor especial. Él y su policía descubrieron, por medio de detectores ultrasónicos la presencia de ustedes dos en una gruta de la zona de cristalizaciones, y les liberó, informándome después de cuanto sucedía. Ahora, los agentes de Kenxo han localizado a sus tres compañeros, y les han capturado, trayéndoles aquí sin violencias. Ahora, podrán reunirse ustedes cinco.

—Gracias, señor —dijo Lancer sinceramente—. Nos da usted un gran motivo de júbilo. Lo único que nos falta, es encontrar a nuestro sexto compañero, Kipp Shannon. Él fue secuestrado antes, por esa Princesa Zarya de todos los diablos...

—Seguramente le habrá llevado consigo a su Región del Medievo —se lamentó Zohr—. Y va a ser difícil sacar de allí a su amigo, si eso sucedió. Era adonde pensaba sin duda llevarles también a ustedes, cuando les rescatamos a tiempo. ¡Lástima que no hayamos sido capaces de hallar, con igual eficacia, la nave azul! Así terminaríamos con las tropelías de esos primitivos salvajes...

—¡Lancer! ¡Hawks!

Los gritos, por triplicado, llegaron del porche cristalino. La réplica de Gaar

y de su camarada, a dúo, no se hizo esperar:

—¡Archer! ¡Robin! ¡Scott!...

Luego, todos se fundieron en un estrecho abrazo, bajo la mirada complacida y risueña del presidente Zohr, y de su consejero Kenxo, que había acompañado, con una sonrisa, a los tres nuevos «Caballeros del Átomo» localizados en el Asteroide Skaaz.

CAPÍTULO VI

LA REGIÓN DEL MEDIEVO

ESTUVIMOS tratando de localizaros —apuntó Archer, tras apurar su alta copa de fresco y jugoso licor de frutas de aquel Asteroide, obsequio que compartían los cinco «Caballeros del Átomo»—. Y uno por uno, fuimos cazados por los policías o soldados de este extraño lugar, querido Lancer.

—Sí, ya me han explicado eso —sonrió Gaar Lancer—. Lo importante es que estas gentes han resultado pacíficas y nobles.

—Y muy inteligentes —añadió Robin—. Sobre todo, inteligentes, Gaar.

—Sí, mucho. Han aprendido nuestro idioma estudiándolo a distancia, interceptando nuestras emisiones de radio y televisión. Son unos avanzados científicos y técnicos, unos sagaces investigadores que siempre anhelan alcanzar más... Y, frente a ellos, se alza el espectro de la barbarie de una raza inferior, atrasada, feudalista y cruel... El Rey Tagreb y la Princesa Zarya los regentan. Ella es la que dirigió la nave azul, la que secuestró los vehículos comerciales de la «A.N.C.L.»... y la que raptó a Kipp Shannon... o le asesinó.

—Y es, también, la que os raptó a vosotros —le recordó Archer—. ¿Qué es lo que podéis decir al respecto?

—Poca cosa —suspiró Lancer—. Al ser absorbidos por la luz azul que emite ese bólido, perdimos el conocimiento. Ni siquiera vimos dónde éramos alojados, ni volvimos a la conciencia durante el viaje. Solamente en una gruta cristalina recuperamos la noción de las cosas. Y entonces nos hallaron los hombres de Kenxo, el Consejero y Jefe de Seguridad del Presidente Zohr. Ésa es nuestra pobre y corta historia, Archer.

—Bien. Hemos descubierto gran parte del enigma —suspiró Robin—. Pero

seguimos sin obtener un resultado realmente práctico. Kipp no ha aparecido. Es seguro que está en poder de esas gentes medievales, si no ha muerto. Pero ¿cómo rescatarlo?

—Yendo, naturalmente, a la Región del Medievo —dijo con una sencillez escalofriante Gaar Lancer.

Un silencio de estupefacción reinó en la estancia.

Todos se miraron entre sí, atónitos. Luego, clavaron sus ojos en Gaar Lancer, que apuraba su propio vaso de zumo de frutas, con absoluta indiferencia por todo.

—¿Hablas en serio, Gaar? —farfulló, perplejo, Archer.

—Sí, amigos. Vamos a ir allá. Hay que encontrar a Kipp. Vivo o muerto, es preciso dar con él. Para eso hemos venido. Y para resolver de una vez este asunto.

—Pero Gaar, carecemos de medios para hacer algo eficaz. Nosotros tenemos nuestras armas, pero a vosotros os despojaron de las vuestras. Será como meterse en la boca del lobo, sin posibilidad de defensa contra sus dentelladas:

Era Archer quien hablaba. Gaar asintió, con lentitud.

—Lo sé. Sin embargo, eso no va a frenarnos. Se distribuirán vuestras armas entre todos nosotros. Y trataremos de alcanzar nuestro objetivo, cueste lo que cueste.

—Le felicito, Lancer. Sus palabras denotan su valor, su lealtad y su decisión inquebrantable —sonó la voz potente y clara del Presidente Zohr, a sus espaldas.

Se volvieron todos. El presidente Zohr, y su Consejero Kenxo, habían entrado en la cámara, escuchando sus palabras. Sin embargo, fue Kenxo quien aventuró un criterio:

—Es muy arriesgado lo que se proponen, Lancer. Cuando alguno de nuestro pueblo se aventuró en la Región del Medievo... jamás volvió. No supimos más de él, vivo ni muerto.

—Y ése sería, sin duda, el destino de nuestro camarada Kipp Shannon —respondió serenamente Gaar Lancer—. Por tanto, no nos iremos de este Asteroide sin él, o sin saber lo que le ocurrió, en cuyo caso, tampoco nos marcharíamos sin vengarle.

—Sí, ustedes son muy valerosos —suspiró Zohr—. Bien, Lancer. Si están completamente resueltos a ir a la Región maldita del Rey Tagreb, sólo puedo darles mis mejores deseos, para que la suerte les acompañe... y toda la ayuda material que precisen. Nuestras armas posiblemente resulten extrañas para ustedes, pero, son eficaces, Lancer. Cuenten con ellas. Así como con personal armado, y todo cuanto precisen, además de un mapa

detallado de la Región y de cómo llegar hasta ella.

—Gracias, Presidente. No esperaba menos de usted —dijo Lancer, con sincero acento—. Aceptaremos esa ayuda. Pero no los hombres armados. Esto es algo que debemos resolver nosotros solos, señor...

* * *

—Hija, procura no ausentarte nunca más. Vas a hacer mucha falta aquí.

—¿Por qué, padre? ¿Qué puedo hacer yo aquí?

—Te necesito. Temo, que se aproximen malos tiempos.

—¿Malos tiempos? ¿Para ti y para nosotros?

—Sí, hija.

—¡Deliras, padre! Jamás fuimos tan fuertes como ahora. Nuestro pueblo nos obedece ciegamente. Todos ellos saben que nuestra región debe permanecer aislada, alejada de todos nuestros enemigos. Aleja tus preocupaciones, padre. Nada puede sucedernos.

El Rey Tagreb tocó su barba, azulada y densa. Los ojos brillantes, pequeños y duros, se entornaron bajo las espesas cejas. Contempló a su hija, la hermosa Princesa Zarya, tendida en el diván forrado de piel de felino de Skaaz, color oro y verde. Zarya, como siempre, parecía ajena a todos los problemas, estática e insensible. El Rey hubiera preferido que ella tuviese toda su fiereza, su indómita arrogancia, y no aquella apatía distante y glacial, que le hacía sentirse cada vez más lejos de ella.

Sin embargo, eran como un solo ser, uña y carne. El Rey Tagreb y su hija, siempre estuvieron unidos, siempre lucharon juntos. Ahora, no podía ser de otro modo.

—Será mejor que no salgas de la región en estos días, Zarya —insistió el Rey, con sequedad.

—¿Por qué, padre? te repito. ¿Qué temes que pueda ocurrir?

—No lo sé... Mis vigías dicen que vieron descender una nave negra, en las regiones cristalinas, cerca de Suprema. Eso sólo puedo traer problemas. Graves problemas para nuestro pueblo del Medievo... La civilización nos amenaza, Zarya. ¡Hay que seguiría combatiendo!

—Sí, padre. Sabes que yo la combato como el que más —objetó ella con voz lánguida, desperezándose en el diván forrado de piel animal y entornando los ojos cálidos, de un vivo tono púrpura—. Quizá nuestro esclavo pueda informarnos sobre eso. Le haré venir.

—No sé, Zarya, pero también ese esclavo me da miedo.

—¿Miedo? —ella rió, desdeñosa—. Oh, padre, sabes que es inofensivo. Está dominado por mí, es dócil y apacible...

—No me gustan les seres dóciles y apacibles. Un día se revuelven y muerden la mano que les sirve la comida o acaricia su cabeza.

—Mi fiel esclavo no es así —se volvió indolente. Empuñó un martillo de plata, largo y rematado por un gracioso mazo oval. Golpeó sobre un *gong* de color azul, que vibró como una mezcla melodiosa de oro, plata y cristal.

El eco musical se extendió por la terraza del palacio de piedra y mármol negros, y retumbó bajo las bóvedas rocosas, de superficie rosada. El Rey Tagreb se volvió, ceñudo, esperando algo, mientras Zarya, la hermosa princesa de ojos púrpura y cabello azulado, la misma a quien Lancer y sus amigos vieran tripulando la gran nave azul, se tendía de nuevo en el diván, y tomaba con pereza una fruta rosácea y brillante, de un frutero de plata inmediato a ella.

—Ahí viene —susurró la Princesa, suspirando tenuemente, al percibir un rumor de suaves pasos—. Mi esclavo acude siempre a mi llamada. Y los supercivilizados de Suprema hablan de la ventaja de los autómatas y los robots... Nada mejor que un robot humano, padre... Es mecánico e inteligente a la vez...

Tagreb no dijo nada. Vio entrar al hombre rígido, inexpresivo y de ojos vacíos. Caminaba erguido, como si de verdad fuese un autómata. Se acercó al diván de Zarya. Se quedó quietó, rígido, inescrutable.

—Habla, Zarya. Te escucho. Tú mandas, y yo obedezco —dijo con voz monocorde y fría.

—Perfecto, esclavo —ella rió, mirando a su padre, con expresión de niña caprichosa—. ¿Puedes decirle a mi padre qué peligros encerrará para el Medievo una nave negra y extraña, llegada de otro mundo?

—Sí —el esclavo mantuvo su rigidez, pero el Rey captó una luz vacilante en el fondo de sus pupilas—. La nave negra viene para destruir. Para destruir a los que pretendan dominar el espacio desde aquí. Para llevarme a mí con ellos también, y para aniquilaros a vosotros, por tenerme aquí.

—¿Lo ves, hija? —se alarmó el Rey Tagreb—. ¿Ves cómo existe un grave peligro?

—Calma, padre —sonrió ella. Miró curiosamente a su esclavo—. Y dinos. ¿Existe una forma de combatir, de vencer a esos hombres que vienen en la nave negra?

—Sí —asintió el autómata viviente—. Se les puede vencer. Y nadie como yo, puede saber eso. Yo os ayudaré a vencerlos, señora mía. Yo sé cómo son y cómo luchan. Yo les derrotaré, en favor del Medievo...

—¿Y por qué lo sabes tú tan perfectamente? —saltó el Rey Tagreb, violento.

Sonrió enigmáticamente el robot humano. Miró al Rey, a la Princesa, y añadió:

—Porque yo era uno de ellos, antes de llegar aquí y convertirme en el esclavo fiel de mi señora, la Princesa Zarya. Yo me llamaba Kipp Shannon

y combatía a su lado. Yo sé cómo derrotarles sin peligro para vosotros, mis amos y señores...

—Bien —la Princesa se irguió, altiva—. Entonces... ¡derrótales, esclavo! Y luego, habrá llegado el momento de dar muerte a todos...

—Sí, mi señora —asintió el autómata dócil e insensible que era ahora Kipp Shannon, el miembro desaparecido de los «Caballeros del Átomo»—. Yo actuaré...

* * *

—Es una región muy diferente, Gaar...

—Sí, mucho —asintió roncamente Lancer, mirando en torno suyo, con expresión cautelosa, sin soltar el fusil electrotérmico que le había proporcionado el Presidente Zohr—. Aquí no hay cristalizaciones, sino pantanos, vegetación espesa, rocas musgosas y bosques vírgenes.

—Y monstruos, Gaar —avisó Robin, con un escalofrío—. Mira allá, a aquellos pantanos... Algo se mueve, y no son precisamente burbujas...

El grupo de «Caballeros del Átomo», se detuvo en su marcha a través de las frondas boscosas de la Región del Medievo, en sus lindes con las tierras cristalinas de Suprema, y contempló lo que Robin señalaba. El joven «Caballero» tenía razón.

Las aguas o fango rojizo de aquellos grandes pantanos, estaban siendo sacudidas por una conmoción interna realmente pavorosa. De vez en cuando, latigueaba fuera del cieno una larga cola dentada, algo parecido a la extremidad de un dinosaurio terrestre.

Archer tragó saliva, impresionado, a pesar de la distancia que les separaba de aquel pantano.

—Que el diablo nos lleve, si uno de esos animalitos nos echa el ojo encima —jadeó—. Gaar, esta región podrá ser medieval, pero produce la impresión de pertenecer más bien a la Prehistoria.

—Geológicamente, tal vez sea así —aprobó Lancer—. Este Asteroide es de joven formación, según mi criterio. La raza avanzada de los hombres de Suprema, no debió desarrollarse aquí, sino en otro planeta, de donde alguna convulsión o cataclismo, en el pasado, les hizo emigrar aquí. Quizás ese planeta ni existe ya. O esto es sólo un fragmento del mismo, que reunió en su superficie a dos especies de habitantes, una con el grado de civilización y avance de los súbditos del Presidente Zohr, y otros descendiendo en su cultura y en sus costumbres hasta los usos medievales, bárbaros y feudalistas, del Rey Tagreb.

—Eso explicaría las cosas bastante bien —asintió Archer, con otra mirada de aprensión a donde los monstruos acuáticos sacudían sus cuerpos ciclópeos, bajo el fango de los pantanos—. Y quizá también el origen humano de estas razas remotas. Pueden ser emigrantes al espacio, de

aquellos que tú citabas, Lancer. Gentes de otra civilización terrestre, ya extinta, que llegaron a estos mundos en naves cósmicas que el ser humano jamás ha sospechado que hubieran podido existir en el pasado del mundo.

—Sí, esto es algo que confirma nuestras teorías al respecto —aceptó Hawks —. Y justifica, a la vez, el grado evolutivo de la raza de este Asteroide. Al menos, la raza que conocemos.

—Sí. No me gustan las pálidas y cabezudas damas de Suprema —rió Scott —. En cambio, la jovencita que os secuestró a vosotros, Gaar, esa damita del pelo azul y ojos de púrpura, era una preciosidad, por muy medieval y salvaje que pueda ser.

—Sí, a ti te gustan las bellezas salvajes —se burló Hawks—. Y lo curioso es que a mí también. Detesto las estilizaciones de las razas nuevas. La mujer terminará por ser una especie de ramillete de fibras sintéticas, sin formas ni encanto.

—Dejad ahora de ocuparos de las chicas —avisó Lancer, taciturno—. La región se va haciendo más y más difícil. Mirad. Hemos de cruzar esa jungla de líquenes, entre una auténtica red de pequeños pantanos. El lugar figura en el mapa que Zohr nos dio, con el nombre de «Selva de los Mil Pantanos». Y Kenxo anotó, en letras rojas: «Sumamente peligroso. Fieras, insectos y plantas carnívoras».

—Encantadora región —masculló Scott—. Recordadme que la anote para visitarla en mis próximas vacaciones...

El grupo entró en la jungla formada por árboles lánguidos, de un amarillo enfermizo, a causa de la falta de clorofila en el ambiente, aunque mucha vegetación en la Región del Medievo, tenía un esplendoroso tono verde, que contrastaba con la pobreza de color de aquella zona pantanosa.

Por entre los pantanos, transitaban angostos senderos de tierra rojiza, la mayor de las veces obstaculizados por brotes, raíces y cactus alargados, que oscilaban al acercarse ellos, evidentemente dotados de una vida vegetal que les hacía carnívoros.

Scott se iba cuidando de todos ellos, rociándoles con su pistola de cargas corrosivas. Las plantas, al ser heridas y disolverse, bajo el chorro corrosivo de vapor, se retorcían, causando una horrible sensación de impotencia y crueldad.

—Desde hoy, no probaré jamás un plato de verdura —prometió roncamente Hawks, haciendo reír a los demás.

Siguieron adelante, salvados los brotes carnívoros.

Y de repente, la voz de Robín sonó, llena de tensión y de alarma:

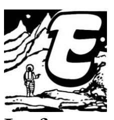
—¡Cuidado! ¡Mirad ahí!...

Todos volvieron sus cabezas, alarmados. Lo que vieren, confirmó la angustia del grito de Robin. Y heló la sangre en las venas de los cinco

bravos «Caballeros del Átomo», adentrados ya en la siniestra y terrible Región del Medievo...

CAPÍTULO VII

LA TRAICIÓN



L fango se había removido violenta, estruendosamente, en el inmediato pantano. Saltó el barro e hirvió en grandes, abruptas burbujas... ¡y una forma horrible, gigantesca, de escamosa piel verde oscuro, con boca de lagarto y ojos enormes, de ave de presa, emergió como una monstruosa mole, aferrando sus patas membranosas, rematadas por corvas garras, en el angosto sendero entre pantanos!

—¡Atrás! —aulló Gaar Lancer—. ¡Atrás todos, pronto!

Y como ninguno de sus compañeros, en línea frente al colosal monstruo, no se movían, él avanzó veloz, en rápidas zancadas, se enfrentó al animal

apocalíptico, solamente con su tubo lanza cargas electro-térmicas.

El animal emitió un chillido ensordecedor, agudo y violento, al tiempo que sus amarillos y redondos ojos, se clavaban con fijeza diabólica en Lancer. Alzó una pata, dispuesto a aplastar con ella al osado enemigo...

Lancer disparó a tiempo. Una, dos, tres veces, llameó su tubo contra la palma membranosa de la zarpa enemiga. El intenso calor electrónico, golpeó en oleadas voltaicas la pata del monstruo y la abrasó, enrojeciéndola primero, para ennegrecerla después, y dejarla chamuscada, desprendiéndose piel y tejidos en abrasados pedazos...

—¡Cuidado, Gaar! —gritó Archer, corriendo junto a él, disparando a su vez, ahora contra la boca dentada, gigantesca y maloliente del monstruo de escamosa piel enfangada, quien, convulso por la terrible herida de su pata, iba a morder al enemigo, en desesperado esfuerzo.

El disparo térmico de Archer derritió los colmillos del enorme monstruo, y parte de su babeante lengua. Eso fue peor. El dolor debió de resultar tan terrible, que el animal cargó virulento sobre ambos, emergió por completo del pantano, acaso espoleado por los terribles dolores, y se dispuso a abatirse, con todo su peso y su enorme mole, sobre Archer y Lancer. Ellos, horrorizados, le vieron llegar y sintieron nublarse la luz difusa del día en el Asteroide, cuando la enorme masa de carne viva se precipitaba sobre ellos...

Luego, todo fue rápido, espectacular, violento... Primero, un estallido azul, cegador, un estampido terrible, que hizo temblar la tierra... El animal, de repente, se hizo mil pedazos, estalló, como un simple animal doméstico de la Tierra, alcanzado por una granada de mano o un proyectil nuclear. Lo que parecía increíble, sucedió ante ellos, y la mole ciclópea, convertida en una lluvia de sangre, tejidos destruidos y huesos triturados, voló por los aires, tras el estallido azul...

—¡Cielos, Lancer, acaban de salvarnos la vida... y de qué modo! —jadeó Archer, lívido todavía, viendo caer en el barro del pantano los fragmentos dispersos del monstruo, que se hundieron rápidamente, burbujeando la superficie fangosa—. Pero ¿quién pudo disparar de ese modo... y con qué?

—Ahí tienes la respuesta, Archer —dijo roncamente Gaar—. Mira allí...

Archer volvió la cabeza, clavó la mirada en el punto que le indicaba Lancer y vio al hombre erguido tras unos frondosos líquenes, sujetándose con una mano al tronco débil y oscilante de uno de los árboles pantanosos, mientras con la otra oprimía aún una especie de pistola o tubo proyector, del que emergía un humo azul.

Le reconoció, como todos los demás «Caballeros del Átomo». Gritó su nombre, con vivo estupor:

—¡Kipp! ¡Kipp Shannon, en persona! ¡Vivo... ileso... y salvándonos la vida a nosotros!

Kipp Shannon les sonrió, con sorprendente serenidad.

—Hola, amigos —saludó—. Por fin nos encontramos de nuevo. Es como un milagro...

Avanzó hacia ellos, dueño de sus nervios. Abrazó a Archer, a Gaar Lancer, a todos los demás... La mirada de cada uno de los componentes del grupo de audaces exploradores cósmicos, reflejaba la enorme sorpresa de aquel encuentro en plena jungla del Asteroide.

—Pero, Kipp, ¿qué ha sucedido? —indagó roncamente Lancer—. La última noticia que tuvimos de ti, fue que estabas prisionero de una nave azul que te secuestró... Yo mismo, con Hawks, caímos presos de esa misma persona, pero lograron rescatarnos. ¿Cómo estás tú aquí, y en libertad? ¿Has huido de tus raptores?

—Sí, Gaar. He huido de ellos. Pero solamente lo logré yo. Otros muchos sufren cautiverio. Entre ellos, Al Farrell, Howard y los demás. Tenemos que sacarlos de allí, Gaar...

—Nosotros hemos venido para salvarte a ti, Kipp —dijo Lancer—. Pero no nos marcharemos de aquí, mientras exista una posibilidad humana de devolver a la Tierra a los demás secuestrados. La pregunta es esta, Kipp. Tú que has estado en poder de los medievos, ¿crees que existe forma factible de rescatarles?

—Voy a decirte algo más, Lancer —sonrió Kipp Shannon—. Sé de qué forma rescatarles, y por dónde entrar en la ciudad de los medievales del Rey Tagreb, sin que nadie nos vea. ¿Estáis dispuestos a que os guíe hasta allá? Existe algún riesgo, naturalmente, pero será muy pequeño. Los «Caballeros del Átomo» podemos salir adelante con éxito.

—¿Y lo preguntas aún, Kipp? —Gaar miró a sus compañeros, recibiendo su mudo asentimiento—. Estamos dispuestos a seguirte. Con todos los riesgos que puedan existir. Ahora, tú eres nuestro guía. Tú conoces a fondo este planeta. Tú sabrás llevarnos hasta donde sea necesario.

—Sí, Lancer. Confiad en mí. Vamos ya. Seguidme sin miedo, porque conozco los senderos de estos pantanos y los caminos más cortos y ocultos, hasta llegar a Klangor, la ciudad del Medievo...

Kipp echó a andar delante de ellos. Gaar Lancer y los demás «Caballeros» siguieron a su camarada, sorprendentemente hallado en el Asteroide. Y que, en vez de ser rescatado por ellos, como esperaban, había sido quien les libró de un peligro de muerte del que tal vez la decisión de Lancer y Archer, apoyada por la de Hawks, Robin y Scott, poco habría conseguido...

—En este lugar, uno va de sorpresa en sorpresa —refunfuñó Scott, dirigiéndose a Robin, que con él cerraba la marcha—. Venimos, como esforzados héroes, para rescatar al infortunado Kipp. ¿Y qué sucede? Que Kipp en persona nos saca a nosotros las castañas del fuego, y nos conduce a la meta más difícil que Lancer pudo jamás soñar. Raro, ¿en?

—Mucho —asintió Robin, ceñudo.

—¿Qué te pasa? ¿No te sientes feliz con todo esto? —se extrañó Scott.

—Sinceramente, no —denegó ahora Yanko Robin—. Hay algo raro en todo esto... y me gustaría saber qué es. Pero de cualquier modo, amigo Ed, las cosas en el Asteroide, están resultando demasiado sencillas. Y eso no me gusta.

Scott arrugó el ceño, intrigado. Luego, terminó por encogerse de hombros y manifestar:

—Tonterías, Yanko. Después de todo, ¿qué más podemos desear, sino ver facilitadas las cosas? A fin de cuentas, aunque un neófito todavía, Kipp es uno de los nuestros, un «Caballero del Átomo. Y si es capaz de hacer lo que está haciendo, demuestra sobradamente, que merece el título de «Caballero». De modo que los méritos de la aventura, de todos modos, quedan en nuestra hermandad. Y eso es lo que cuenta, Yanko. Sin rencores ni envidias personales...

Robin, pareció a punto de replicar, irritado. Pero se encogió de hombros a su vez, molesto, y manifestó secamente, continuando la marcha por entre el dédalo pantanoso:

—Bueno, sería inútil intentar explicártelo... Creo que nunca lo entenderías, Scott.

* * *

—He ahí Klangor. Ahora, tened mucho cuidado...

Agazapado entre la espesura de un prado verde y exuberante, Kipp Shannon señalaba hacia lo alto, a una mole rocosa, una alta montaña, en cuya cumbre se erguía lo más parecido a una ciudad medieval de la Tierra, con sus murallas, sus torres y atalayas, sus troneras y puentes levadizos, como una perfecta copia de las más tradicionales formas de los tiempos caballerescos del mundo de los humanos.

—Diablo, el Presidente Zohr tenía razón —masculló Hawks—. Es como si uno se sintiera transportado al pasado, a una época pretérita... Igual que abrir un libro de cuentos de hadas, y meterse en él...

—Klangor es una ciudad fortificada y sólida —explicó Kipp—. Abundan en su construcción los mármoles durísimos de este Asteroide y la piedra rosada, también muy dura y resistente. Viven a la antigua usanza feudal, y respetan ciegamente a su Rey, Tagreb y su hermosa hija, la cruel y apática princesa Zarya. No se revolverían contra sus amos por nada del mundo. Son felices así, y rechazan el progreso. En realidad, son esclavos y adoran la esclavitud, porque ignoran lo que es la libertad.

—Sí, entiendo. Algo así imaginaba —asintió Gaar, pensativo.

—Hay algo que yo no entiendo —declaró Hawks de pronto—. Has aprendido mucho de la ciudad de Klangor y sus habitantes, en el poco tiempo que llevas en su poder, Kipp...

—He procurado observar y estudiarlo todo a mi alrededor... —sonrió Shannon, burlón—. Y ahora, si queremos acercarnos y penetrar en la

ciudad, hemos de hacerlo sin armas encima. Sin nada metálico ni radiactivo, o estamos perdidos.

—¿Sin metales? —aulló Archer—. ¿Sin nada radiactivo encima? ¡Pero Kipp, eso sería como entrar desarmados! ¡Como entregarnos en su poder, atados de pies y manos!

—De acuerdo. Pero de otra forma, no es posible entrar. Elegid vosotros mismos. Ellos poseen un sistema de detectores, robado por cierto a los de Suprema. Ellos detectan en el acto la presencia de cualquier metal duro o de cualquier elemento radiactivo, y dan la alarma a toda la ciudad. Pero podemos volvernos y renunciar a entrar en Klangor, si lo preferís...

—No —negó con firmeza Gaar Lancer—. Dejaremos las armas y cápsulas atómicas fuera de Klangor. Podemos enterrarlas aquí, y seguir luego a Kipp al interior de la ciudad.

—Es un riesgo muy serio —murmuró Archer—. Pero si tú lo ordenas, se hará así, Gaar.

—Gracias por vuestra confianza, amigos —sonrió Kipp—. Espero que no tengáis que lamentarlo después. Sí, éste será un buen lugar para ocultar armas y cápsulas.

—Abre un hoyo bajo la hierba, Robin —indicó Gaar—. Y tú, Scott, recoge todos los elementos metálicos y radiactivos y guárdalos en uno de los bolsos de plástico impermeable. Luego, iremos hacia Klangor, siguiendo la ruta que Kipp nos señale.

—Será la misma que yo seguí para salir de allí —señaló Kipp hacia la enorme mole de la montaña en cuya cima se alzaba la ciudad medieval—. Hay una gruta. Y por ella pasa un camino subterráneo, hasta el corazón mismo de Klangor... Nadie sospechará nuestra entrada en la ciudad, hasta que ya sea demasiado tarde, y estemos lejos de su alcance...

* * *

—¿Falta mucho, Kipp? —demandó apuradamente Robin, aferrándose todo lo posible a los salientes rocosos de la empinada rampa que, como un simple pasadizo, bordeado por la roca viva a un lado y por el abismo oscuro y profundo al otro, reptaba hacia la cumbre, a lo largo de casi una milla de recorrido en sentido ascendente.

—No, no mucho —sonrió Kipp, señalando hacia un punto, encima de sus cabezas—: Hemos recorrido casi toda la distancia. Dentro de poco, estaremos dentro de Klangor. Y habrá llegado la hora de libertar a los prisioneros de los medievales.

—¿Existirá un medio pacífico de rescatarlos? —indagó Hawks.

—¿Y sigiloso? —puntualizó Scott.

—Lo hay, sí —asintió Kipp Shannon—. ¿Por qué, si no, os metería en esto?

—Es lo que yo me estaba preguntando —suspiró Hawks—. Y lo malo es que no acierto a encontrarle respuesta. Y la verdad, eso me disgusta, Kipp.

Confío en ti, porque eres uno de nosotros. Pero de cualquier otro, pensaría que esto es una trampa, una celada tonta e ingenua, en la que todos hemos caído...

—No digas tonterías —cortó fríamente Gaar Lancer—. Yo confío en Kipp. Yo sé cómo es Kipp. Eso basta. No quiero volver a oír comentarios de este tipo.

—Está bien, Gaar. Disculpa —se excusó Hawks—. Como tú dices, era una tontería...

La comitiva formada por los seis hombres de negro uniforme y fosforescentes siglas, A.K., sobre su torso, continuó senda arriba, pegada al muro de roca rosada, con vetas azules. El sendero se hacía, a veces, tan angosto que apenas cabían los pies en él, moviéndose lenta y peligrosamente. El abismo podía engullir a cualquiera de ellos a la menor torpeza. Pero los «Caballeros del Átomo» no cometían torpezas. Sus músculos poderosos, bien entrenados, sus templados nervios, habían salido triunfantes de peores pruebas.

Súbitamente, el sendero se ensanchó, formando recodo en torno a un gran saliente rocoso. Kipp avisó:

—Ahora estad dispuestos. Al recorrer este trecho final, nos asomaremos de nuevo al aire libre. La salida de la gruta, da directamente a un punto alejado del centro de la ciudad. Una zona poco frecuentada, entre altos muros de roca. Desde allí, yo os señalaré el camino a seguir...

Lancer asintió, en silencio. Kipp continuó delante de ellos durante un trecho. Apenas duró un par de minutos aquel avance. De súbito, una roca giró, empujada por Kipp Shannon, al final de la senda.

Y la luz difusa del día en el Asteroide Skaaz, emergió ante ellos, deslumbradora para sus retinas, habituadas a la oscuridad del subterráneo ascendente que penetraba a través de la enorme mole montañosa.

—¡Ya llegamos! —Kipp salió, invitando a todos con voz susurrante—. Adelante, amigos. Es el fin del sendero... Ya estamos en Klangor... No hay novedad. Salid, vamos.

Los cinco hombres de negro uniforme salieron en tropel. La luz les cegaba. Pero no tanto como para no descubrir, justamente al pisar el pasadizo entre dos altos muros de rosada roca, bajo el cielo brumoso del Asteroide, el cerco de lanzas punzantes, afiladísimas, que les rodeó, como un erizo ominoso, inmovilizándoles y presionando su carne con dolorosa intensidad.

—¡No os mováis! —avisó con súbita dureza la voz de Kipp Shannon—. ¡Daos presos!

—¿Qué significa esto? —aulló Archer, lívido—. ¡Nos han capturado, Kipp!

—¡Claro que os han capturado! —su compañero soltó una seca carcajada. Con gesto de autómata se volvió a los hombres barbudos, de azulado cabello y cuerpo cobrizo, vestidos con ropas medievales, multicolores y

anacrónicas, cuyas lanzas reducían a la impotencia a sus cinco camaradas —. ¡Llevadles a las mazmorras! ¡Cumplí mi misión!

—¡Traidor! —rugió Hawks, enfurecido—. ¡Debí sospecharlo! ¡Lo sospechaba, en realidad! ¡Gaar, ahora podrás darte cuenta del error que cometiste tú...!

—Está bien, eso no tiene remedio —cortó fríamente Gaar Lancer—. Permanece sereno, Hawks. Creo que somos prisioneros de Klangor. Tus gritos no resolverán nada.

—Sí, os he traicionado —rió Kipp Shannon, con extraña malevolencia—. ¡Y mañana, en el Campo de Torneos, tendré la satisfacción de destrozaros a todos, junto con los demás Caballeros de Klangor que os aplastarán en duelo a muerte!

—Te has ganado ese derecho —dijo una voz fría, diamantina, a espaldas de Kipp y de los cinco «Caballeros» caídos en la trampa—. Figurarás entre los adversarios de esos caballeros enlutados, Kipp, mi leal esclavo. Te lo concede tu Princesa...

Gaar Lancer clavó sus ojos metálicos, durísimos y centelleantes, en la purpúrea mirada de la hermosa mujer de cabellos azules y hermosa figura envuelta en gasas de color, que había surgido de detrás de uno de los muros, y ante la que la guardia armada inclinó sus cabezas.

—La Princesa Zarya —dijo Lancer con extraña entonación—. Hermosa como sabíamos. Y cruel como sospechábamos... Lucharemos, si es vuestra voluntad, Alteza...

Y su mirada continuó singularmente fija en la hermosa. Ella se estremeció, sin poder desviar sus ojos de Gaar Lancer. Luego, con un poderoso esfuerzo, la hermosa princesa de la Región del Medievo sacudió su cabeza de larga melena azul y ordenó secamente:

—¡Lleváoslos! ¡Son enemigos de Klangor! ¡Enemigos del Rey Tagreb, amigos del Presidente Zohr! ¡Han de enfrentarse mañana, en el Torneo, a nuestros Caballeros!

Lancer y sus amigos no se opusieron. Habían perdido. Y lo sabían. La inexplicable traición de Kipp Shannon, les había entregado atados de pies y manos, sin arma alguna sobre sí, en poder de los temibles guerreros medievales del Asteroide Skaaz...

CAPÍTULO VIII

ANTES... Y DESPUÉS DEL TORNEO


NTES de salir al campo de Torneos, hombres de la Tierra —señaló el jefe de la guardia—, tenéis derecho a un último deseo. Son órdenes del Rey Tagreb, que no es tan cruel como se dice. Pensadlo, y respondedme después. Volveré, dentro de cinco minutos.

Se cerró la mirilla de la recia puerta de piedra. Los cinco hombres de la celda se contemplaron, bajo la luminosidad azul que brotaba del techo. Su expresión no era muy consoladora.

—¿Has oído eso, Gaar? —gimió Archer—. Nos piensan liquidar. Ese torneo tal vez sea algo así como los que se organizaban en la Roma de los gladiadores.

—Creo que Gaar tuvo la culpa de todo —se quejó amargamente Robin —. Y no es por ganas de dificultar más las cosas con reproches, Gaar. Pero tú confiaste en Kipp...

—Sí, confié en Kipp —replicó secamente Gaar—. Yo sabía que él era leal. Sigue siendo leal. Pero Kipp no es el hombre que hemos encontrado en

el Asteroide, Robin.

—¿Eh? ¿Pretendes decir que es un usurpador? ¡Imposible! Es Kipp, estoy seguro...

—Claro que es Kipp. Pero no domina su voluntad. Está sugestionado, hipnotizado o cosa parecida. Algo o alguien domina su voluntad. Y por eso hizo lo que hizo.

—¿Quieres decir que... le enviaron a nosotros con la misión de destruirnos?

—Eso es. Quise ver hasta dónde llegaba. Estudiándole, capté su rara forma de obrar. Yo he sido también sugestionado, poseo poder hipnótico. Descubrí lo que sucedía.

—Diablo, ¿y por qué no utilizaste tú ese poder? —se quejó ahora Scott.

—No. Era preciso llegar aquí. Y sólo él tenía poder para eso, amigo mío.

—¿De qué nos servirá ahora estar aquí y saber que a Kipp le domina alguien y le obliga a hacer lo que hace? No nos ayudará mucho saberlo, Gaar.

Lancer no respondió. Estaba reflexionando. Y salió de repente con una frase absurda para sus amigos:

—Esa mujer, la princesa Zarya... es muy hermosa.

Los cuatro se contemplaron en silencio. Empezaban a dudar, de la razón de su amigo. Y más aún, cuando la mirilla se abrió de nuevo, y sonó la voz del jefe de la guardia:

—Vamos, resolved lo que sea. ¿Ya habéis elegido vuestra última voluntad?

—Sí —afirmó Lancer vivamente, volviéndose a él.

—Bien. Hablad, en ese caso.

—Quiero ver a la Princesa Zarya. En sus estancias, y a solas. Es lo último que pido.

—¿A solas? ¡Imposible! Necesita guardia a su alrededor. Pero no se negará a verte.

—Bien. Que sitúe su guardia donde le parezca, pero que me reciba —pidió Gaar Lancer—. Es el último deseo de los hombres que han de luchar mañana en vuestro campo de honor.

Se cerró de nuevo la mirilla. Gaar Lancer sonrió enigmáticamente. Archer corrió hacia él, le miró asombrado y gritó con voz descompuesta:

—¡Pero Gaar, por Dios! ¿Es que te has vuelto loco? ¿Qué resolvemos con eso?

Lancer le miró, con rostro inexpresivo. Y con su rara sonrisa, añadió otra frase desconcertante:

—Es curioso, amigos míos. ¿Habéis observado que también los

medievales de Klangor hablan nuestra lengua internacional, tan correctamente como los de Suprema?...

Archer apretó los labios, lanzó una imprecación de ira y se alejó de Gaar gruñendo:

—¡Oh, es imposible! No se puede razonar ahora contigo, Gaar. Empiezo a pensar que también a ti te ha hechizado ese raro influjo que convirtió a Kipp en un traidor...

Gaar Lancer sonrió. Pero no dijo nada.

* * *

—Y bien. Tu voluntad se ha cumplido. Ya estás ante mí. ¿Qué deseas ahora, extranjero?

Gaar Lancer no respondió enseguida. Contemplaba admirativamente a la princesa Zarya. La galería de arcos de piedra rosada y mármol veteado, esplendoroso, daban a la escena un mágico encanto de escena pretérita, de estampa del pasado. La guardia, al fondo, con sus armas medievales, contribuía a crear esa impresión.

Pero Gaar sabía que tenía ante sí a una mujer del siglo XXV. A una hermosa criatura que, tripulando una nave ultralumínica, había secuestrado a Kipp, a los pilotos comerciales de la Tierra, y a él mismo y a su amigo Hawks, en otra ocasión...

—Deseaba verte —dijo él con calma—. Verte así. Cara a cara. Me hubiera gustado que fuese a solas. Pero no importa. Ya nos vimos antes, ¿recuerdas?

—No, no recuerdo —musitó ella, con voz inexpresiva. Entornó los ojos, lánguidamente—. ¿Por qué había de recordarlo? ¿Dónde pudimos vernos tú y yo?

—Bien, eso no importa —suspiró Lancer—. Olvídalo, Princesa Zarya. Y dime por qué razón hemos de morir mis amigos y yo...

—¿No lo entiendes acaso? —se sorprendió ella—. Sois intrusos, extranjeros agresivos. Servís a nuestro enemigo, el poderoso Zohr, amo y señor del Asteroide, dominador de las fuerzas maléficas de la civilización ultramoderna, mecánica e impersonal, sin alma ni sensibilidad...

—Ésa no es una razón. Si Zohr y su civilización significan eso para ti, ¿por qué tú, Princesa Zarya, robaste su nave ultralumínica y nos hiciste secuestrar a algunos de nosotros, como a Kipp Shannon, de quien has hecho un esclavo de tu voluntad, como a todos los demás que mantienes como esclavos en tu ciudad medieval y feudalista?

—¡Mientes! —se irguió ella, altiva. Sus ojos llameaban, fijos en Lancer—. ¡Yo jamás hice tal cosa! ¡Nunca tripulé una nave como la que dices, nunca robé nada a Zohr, y mucho menos secuestré a persona alguna de otros mundos!

—Lamento decirte que eres tú la que mientes —sonrió Gaar—. Tengo la prueba de lo que digo. Obtuvimos fotografías tuyas, en las que se te veía claramente, conduciendo la nave ultralumínica con la que robaste naves de la Tierra, con sus tripulantes. Si lo que pretendéis es hacer la guerra al sistema de Zohr, elegisteis mal camino, Zarya...

—¡No pretendemos nada! ¡Son ellos los que nos atacan, los que nos provocan y pretenden destruirnos! ¡Ellos son culpables de todo, extranjero! ¡Y los seres como tú y tus amigos, sus agentes! ¡Kipp es el único que llegó a Klangor y me fue leal! —agitó una mano, haciendo salir a la guardia. Los soldados medievales desfilaron, hasta desaparecer. Volvióse al sorprendido Lancer y añadió, con energía—: ¡No te temo! ¡Ni a ti ni a los tuyos! ¡Pero no admito acusaciones de vosotros, los culpables de todo esto! ¡Klangor sólo pretende la paz, vivir en su propio ambiente, en su mundo y con sus costumbres! ¡Zohr no logrará derrotarnos jamás!

—Zohr os derrotará en cualquier momento —avisó Gaar Lancer, clavando en ella sus ojos penetrantes—. Yo seré el primero en lamentarlo... porque ello significará la muerte de tu padre. Y la tuya, Princesa Zarya. Y eres demasiado hermosa para morir...

Ella le contemplaba fijamente, con sus pupilas sin parpadear, clavadas en las de Gaar Lancer...

* * *

Minutos después, Gaar Lancer volvía a su celda, acompañado por dos soldados de la Guardia Real de Klangor. Sus compañeros, volvieron hacia él sus rostros ávidos y anhelantes.

—¡Gaar, Dios sea loado! —gimió Archer—. Creímos que no volverías. ¿Algo nuevo, algo favorable?

—Nada —suspiró Gaar, con una sonrisa—. Mañana será la prueba del Torneo a muerte. Es una decisión real, y no admite réplica. Yo obtuve ya lo que deseaba.

—¿Y qué era, Lancer? —indagó curiosamente Robin, todavía esperanzado en algo.

—Ver a la mujer más hermosa a quién jamás conocí —dijo Lancer—. A la princesa Zarya, la mujer que presidirá el Torneo, y dará el premio de su amor al caballero vencedor... Mañana, más que nunca, los «Caballeros del Átomo» deberán triunfar en la lucha, amigos míos...

Desolados, los cuatro «Caballeros» se miraron entre sí. Empezaban a temer por la razón de Gaar Lancer, su capitán. Su modo de actuar y de expresarse, no era normal.

Pero ninguno tuvo valor para expresarlo así...

* * *

Los recuerdos de Gaar Lancer terminaban allí.

Y todavía estaba cabalgando, junto con Archer, Robin, Hawks y Scott... Frente a ellos, los unicornios de los «Caballeros» de Klangor, avanzaban vertiginosamente, ya iban a chocar con dramático combate a vida o muerte. Y uno de los enemigos, el jefe del grupo, era su mejor amigo: Kipp Shannon.

La orden era tajante: matar antes que morir. Así lo había dicho él, en la que, para sus hombres, fue su primera orden sensata en muchas horas. Y se iba a matar o a morir...

En el estrado presidencial, el Rey Tagreb, barbudo y hosco, junto a su bella hija Zarya, esperaba con infantil y salvaje entusiasmo, el momento del choque mortal. En torno a los caballeros del extraño torneo medieval del siglo XXV, gallardetes y banderas formaban un mundo multicolor y asombroso, que nadie podía haber imaginado jamás, fuera de los límites amurallados de Klangor, en la Región del Medievo.

Zarya, con la bandera roja y negra de mando en sus delicadas manos, sentada en su trono de plata y piedra rosada, esperaba el momento del embate, de la matanza, para terminar agitando aquella bandera, que marcaría el final de la lucha y la proclamación de un vencedor...

Eran momentos terribles, dramáticos, tensos...

Cinco «Caballeros del Átomo», cinco viajeros siderales llegados al Asteroide Skaaz, iban a chocar en desigual batalla con diez enemigos bien armados... uno de los cuales era Kipp, el traidor.

Al segundo siguiente, ya sería demasiado tarde para todo. Gaar Lancer lo sabía. Lo sabían todos, en el verde campo de batalla de aquel recinto medieval.

Y, de repente...

* * *

De repente, todo cambió.

Sonaron clarines. Clarines metálicos, de doradas notas estridentes, ensordecedoras. Clarines que solamente podían sonar cuando la Princesa Zarya agitara la bandera rojinegra del fin del Torneo.

¡Y Zarya estaba agitando esa bandera ahora, erguida en el estrado real, dando la orden tajante, resuelta, de detener la lucha feroz!

Al sonido de los clarines, los jinetes se detuvieron. Tiraron violentamente de las plateadas riendas de sus monturas. Frenaron, entre una polvareda de oro. Se mantuvieron inmóviles, en dos líneas casi unidas, unos frente a otros, midiéndose con expresión tensa y recelosa. Luego, todos los rostros se volvieron hacia donde Zarya, la suprema autoridad de aquel torneo, agitaba su bandera rojinegra.

—Pero hija... —jadeó el Rey Tagreb, volviéndose vivamente hacia ella —. ¿Qué significa...?

—Padre, el torneo debe terminar —dijo ella serenamente—. Te lo pido. Y tengo razones para ello.

De entre los caballeros detenidos por el sonido de clarines, sólo uno parecía irritado, inquieto, enfurecido por el incidente. Era Kipp Shannon.

—¡La Princesa ha detenido el torneo! —gritó, furioso—. ¡Pero no logrará detener mi fuerte brazo vengador, en defensa de Klangor...!

Y se lanzó vertiginosamente, desafiando todos los preceptos de la caballerosidad, sobre el jinete que iba en cabeza, entre los negros «Caballeros del Átomo» alineados ante él: Gaar Lancer.

—¡Quieto, Kipp! —avisó estentóreo Robin—. ¡Respeta la Ley del honor, al menos!...

Pero Kipp no respetaba nada. Embistió, lanza en ristre, sobre Gaar Lancer. Con un grito, la Princesa avisó a Gaar vivamente, desde su estrado:

—¡Cuidado, extranjero! ¡La punta es térmica! ¡Te abrasará al tocarte!...

Gaar Lancer esperaba, pálido y sereno, sobre su débil montura, sin corazas ni cotas metálicas. La lanza térmica de Kipp enfiló hacia su cuerpo, le alcanzó el torso, golpeó en él, con un estallido de luz azul y sibilante.

Gaar Lancer se estremeció sobre la silla. Zarya, angustiada, dejó caer de sus manos la bandera rojinegra y gritó, ocultando el rostro...

Pero al descubrirlo de nuevo y buscar con ojos dilatados el cuerpo sin vida, calcinado por la mortífera lanza, su sorpresa fue enorme. Tanta como la del propio Kipp Shannon, que vio arrancada la lanza de sus manos, astillada brutalmente entre las poderosas manos de Gaar Lancer, indemne tras el mortal ataque, como si realmente fuese un titán o un nuevo Aquiles invulnerable.

Luego, Gaar Lancer saltó como un tigre sobre Kipp Shannon. Abatióse sobre su cuerpo, aferró su cuello, y ambos hombres rodaron, estrechamente enlazados, por la hierba polvorienta, entre las pezuñas de los inquietos unicornios de Klangor...

La lucha fue breve. Kipp se defendía desesperadamente. Pero Gaar le martilleó por tres veces consecutivas, con ambos puños, en pleno rostro. Al tercer impacto, Kipp cayó atrás, y quedó inerte.

Entonces, todo el suelo del asteroide pareció conmoverse, temblar, sacudido por un demoledor estallido.

Gaar Lancer se incorporó. La voz de Zarya sonaba ya en todo el ámbito del Torneo:

—¡Cese la lucha! ¡No toquen a los extranjeros! ¡Soldados, vayan todos al paso subterráneo por dónde llegaron estos extranjeros guiados por Kipp Shannon... y comprueben si los ejércitos del presidente Zohr han quedado destruidos totalmente!

* * *

Robin, Scott, Hawks y Archer, palidecieron, buscando con la mirada el rostro sereno de Gaar Lancer, cuyas fuertes manos cuidaban ahora de alzar del suelo al inconsciente Kipp Shannon, en tanto una sonrisa de triunfo iluminaba sus facciones.

—¡Gaar! ¡Gaar, escucha eso! —jadeó Archer—. ¡Estos salvajes... han destruido a nuestros amigos! ¡Gaar, no puedes haberte trastornado así! ¡No es posible que sonrías ante eso... ni que intentes ahora atender a Kipp, que nos traicionó vilmente!

Gaar Lancer sonreía aún, cuando respondió gravemente:

—Mi querido Archer, nunca habéis confiado en mí. Habéis llegado a creer que yo estaba loco también. Y tuve que mantener en silencio, mi plan, para no malograrlo. No odiéis a Kipp. Él no era responsable de lo que hacía. Obraba sugestionado... convertido en un autómata humano... Cuando vuelva en sí, estará totalmente curado de eso. Al atacarme, no era Kipp Shannon, sino un instrumento sin voluntad, en manos de un poder maléfico.

—¡El poder de esa hermosa arpía! —replicó Hawks, convulso—. ¡La Princesa Zarya!

—No, Hawks. Zarya también estaba bajo el poder de la misma fuerza magnética e hipnótica que alteró la mente de Kipp... hasta que yo la desvié anoche definitivamente de ese maligno influjo... y la volví a la normalidad, dándole, por lo tanto, órdenes mentales concretas.

—Pero... pero Gaar, esa mujer... ha hablado de ejércitos destruidos. ¡Los ejércitos del Presidente Zohr, en suma, las fuerzas del progreso y la civilización!...

—No, amigos míos. Las fuerzas del automatismo, del poder tiránico y de la anulación del espíritu... Ésas son las fuerzas de los supercerebrales de Zohr. Ellos usaban la potencia hipnótica que dominaba a Kipp, a Zarya, a todos cuantos deseaban, para sus fines concretos. Nosotros, éramos otros instrumentos en su poder. Kipp les mostraría el camino secreto a Klangor, al guiarnos a nosotros, obligándole a ser leal hasta la muerte a la Princesa Zarya... En realidad, y desde un principio, el mal estaba en Zohr y su amable gente civilizada de Suprema, la ciudad hermosa y moderna. ¡Y el reino medieval de Klangor era el espíritu y la nobleza de este asteroide!

CAPÍTULO IX

EL FIN



REO que nunca lo entenderé bien —confesó Archer, pasándose una mano por la frente—. En realidad, todo era distinto a como parecía...

—Justamente. Todo era diferente. Se nos engañaba, invirtiendo los elementos, convirtiendo a un espejo en imagen real, y a la realidad en espejismo —sonrió Gaar—. Yo lo vi claro. Pero no al principio. Zohr y su Consejero Kenxo, casi me engañaron. Hasta que recordé la extraña potencia visual de los ojos de Kenxo, su fijeza al mirar, que unido a su ultradesarrollado cerebro, le daba un poder magnético insuperable. Y vi la verdad.

—Una verdad que yo todavía no he entendido bien —suspiró Robin.

—Ni yo —añadió Hawks.

—¿Hará falta añadir que tampoco yo? —rió Scott, de buen humor por primera vez en mucho tiempo.

—Mis queridos «Caballeros», esta vez pecaron todos de torpeza —sonrió Gaar Lancer—. Imaginando que los papeles estaban invertidos con respecto a la apariencia que se nos presentaba, todo estaba ya claro. En primer lugar, el rey Tagreb y su pueblo no podían haber robado una nave como la que cometió los secuestros y ataques espaciales. Pero en cambio,

era evidente que Zarya sí tripulaba esa nave. Algo fallaba. No era posible que una muchacha viviendo en un ambiente medieval, supiera manejar tal nave. Pero la idea del hipnotismo a distancia, por medio de determinadas frecuencias mentales que parecían ser el caso de Kipp, podía convertir a Zarya en fiel servidora de los hombres de Zohr... sin saberlo ella misma. Se ausentaba en ciertos espacios de tiempo de la ciudad, y entonces actuaba para Zohr, conduciendo la nave por telepatía, convertida en una máquina humana, en un ser distinto al que realmente es.

—Y al hipnotizarme tú, extranjero, cuando pediste verme antes del Torneo, descubriste la verdad, ¿no es cierto? —habló Zarya, contemplándole intensamente.

—Tú misma, Princesa, me lo referiste. Detalle por detalle, tu subconsciente reveló la verdad. Y yo completé mi teoría. Que era la de que Zohr planeaba atacar a la Tierra y a todos los planetas colonizados por nosotros. Pero era demasiado cobarde para actuar abiertamente. Planeó el juego de iniciar ataques de tanteo y esperar a ver si era localizado, como así sucedió, precisamente por nosotros, los «Caballeros del Átomo». Entonces, resolvió jugar la carta que tenía oculta, una auténtica baza maestra. Que consistía en, de un solo golpe, destruir a su enemigo de Klangor, inexpugnable para sus armas, dentro de la Región del Medievo, pero especialmente en su reducto amurallado con una roca tan sumamente dura y compacta que resiste la energía nuclear sin descomponerse ni desintegrarse. Y, a la vez, en ganarse nuestra ayuda, como aliados, ya que les hubiésemos defendido ante el mundo, les hubiéramos apoyado en todo... y ellos, subrepticiamente, hubieran iniciado entonces la invasión de la Tierra.

—¡De modo que ese era el juego de Zohr! —se asombró Archer.

—Claro. Un diabólico juego, que se inició con la partida de Zohr mismo, con su Consejero y auxiliar Kenxo, detrás nuestro a través de la Región del Medievo. Habían capturado en principio a Kipp, y le convirtieron en autómata a su servicio. Pero haciéndole creer que era a Zarya a quién tenía que servir. Ella, también influida, seguía ese juego diabólico, y Kipp se movía en Klangor, adonde llegó como amigo leal, conociendo todos sus secretos. Así averiguó cuál era la entrada secreta a Klangor, algo que el subconsciente de Zarya se negaba a revelar al magnetismo de Kenxo. Al entrar nosotros con Kipp, que creía de buena fe llevarnos a una emboscada en favor de sus amigos, les dábamos la clave. Ellos entrarían cauta, sigilosamente, para dirigirse al interior de esta ciudad, invadiéndola por sorpresa y aniquilándola. Si nosotros vivíamos, seríamos testigos de su buena fe y de que habían sido nuestros salvadores.

—¿Y si moríais en el Torneo? —preguntó con voz dulce la Princesa Zarya, mirando muy de cerca a Gaar Lancer.

—Entonces, actuaría de otro modo, con Kipp como único testigo. Las naves robadas a la Tierra, les permitían estudiar nuestra técnica, para llegar

a suplirnos, para entrar en el mundo terrestre fingiéndose naturales de allí. No me sorprendería que a los cautivos de las líneas comerciales, les hayan hecho monstruosos exámenes mentales, para llegar a estar más cerca del modo de pensar del terrestre, y conocer nuestras debilidades y nuestras facultades.

—Es horrible —se estremeció Zarya, angustiada.

—Todo era horrible, tal y como esos superhombres lo planearon —dijo Gaar—. Afortunadamente; nosotros vimos a tiempo lo que iba a suceder. Es decir, yo lo vi, mientras mis amigos me tomaban por un estúpido o un desequilibrado.

—Sigo sin entender muchas cosas —arguyó Scott—. Por ejemplo: ¿cómo te prestaste a entrar en Klangor dejando las armas fuera, si sabías que Kipp era un traidor?

—Muy fácil. Nunca perdí todas las armas... —se tocó los zapatos gravitatorios—. En la suela de mis zapatos, llevo cápsulas radiactivas suficientes para provocar explosiones nucleares violentísimas. Están en un compartimiento secreto, totalmente aislado e imposible de detectar. Cuando los hombres de Zohr, tras raptarnos en el espacio, con la ayuda de la inconsciente Zarya, nos encerraron bien desarmados, también llevaba conmigo estas cápsulas. Pero no las quise usar hasta ver lo que sucedía. Y, en efecto, nuestros propios captores, fingiéndose salvadores nuestros según su plan, llegaron para sacarnos de allí y acogernos como huéspedes. La astucia de Zohr, era diabólica.

—Cuando Kipp te tocó con su lanza térmica... —habló Zarya, intrigada—. Yo creí que morirías abrasado...

—Y yo también —confesó Shannon, enrojeciendo, avergonzado—. Dios mío, Gaar, no creo que llegues jamás a perdonarme lo que...

—Oh, no seas tonto —rió Gaar—. Sé que no eras tú, sino una voluntad incontrolada, la que hizo aquello. Yo había sometido nuestros trajes, mientras todos dormían anoche en la celda, a una potente radiación antitérmica y antichoque, que creaba un blindaje nuclear realmente poderoso. Por eso, antes del Torneo, estaba sereno y dueño de mi mismo. Mal habían de ir las cosas para que pereciéramos en el embate ninguno de los cinco... Tu lanza, chocó con mi capa nuclear magnética, neutralizando el efecto térmico en mi piel. Eso fue todo, Kipp, no hubo milagros. Por algo somos los «Caballeros del Átomo». El Átomo es nuestro Rey, y nos sirve con la lealtad con que nosotros le servimos a él...

—Aún hay cosas que no están claras, Gaar —objetó Hawks.

—¿Por ejemplo?

—Dijiste que la gente de Klangor hablaba la lengua internacional terrestre, lo mismo que los del Presidente Zohr. ¿Eso tenía sentido realmente?

—Sí. Denotaba que no sabían de nosotros tanto como decían Zohr y

Kenxo —rió Gaar Lancer—. En realidad, eran unos magníficos telépatas, y eso les servía para aprender. Pero aquí, en un mundo supuestamente salvaje y atrasado, hablaban también nuestro lenguaje. Eso quería decir que en realidad, este Asteroide debió de ser en el pasado un fragmento de la propia Tierra, que la raza realmente humana y descendiente de la nuestra es la de Klangor... y que una subraza humana, un tipo de humanoide físicamente inferior y mentalmente superior, creció y se subdesarrolló en otra parte del Asteroide. En realidad, creo que su especie humana era producto de evoluciones y ensayos artificiales. Nunca sabremos como eran realmente los seres primitivos de donde surgió la raza de Zohr... Pero lo mejor que puede haber ocurrido, es que se destruyeran.

—Y llegamos a otro punto oscuro de este fantástico asunto, Gaar —apuntó Robin—. ¿Cómo destruyeron a las fuerzas de Zohr, introducidas secretamente en pos nuestro, por el sendero subterráneo?

—Eso, lo recuerdo yo muy bien —intervino Zarya, con gesto triunfal—. Fue Gaar quien me avisó anoche, en la visita que me hizo, mientras me sugestionaba sin yo advertirlo, y dominaba mi mente por completo. Me avisó del posible peligro de invasión por el paso subterráneo... y me entregó unas píldoras o cápsulas de color metálico, que extrajo del compartimiento secreto de su zapato gravitatorio. Me ordenó que yo las hiciera situar en ciertos puntos-clave del sendero subterráneo. Así lo hice. Gaar me indicó que si todo iba bien, hiciera detener el torneo antes de que corriese la sangre inútilmente, y comprobase la destrucción de los enemigos de Klangor...

—Y los enemigos de Klangor fueron destruidos —dijo alguien, a espaldas de todos.

Se volvieron. El fornido Rey Tagreb, con una ancha y noble sonrisa entre su barba azulada, cruzó el vasto salón rosado, hasta reunirse con su hija y abrazarla. Luego, se volvió a Gaar, con amplia sonrisa, y añadió:

—Gracias por todo, extranjero. Tus cápsulas nucleares entallaron en cadena, en el momento previsto, tal y como mi hija Zarya me informó, al detener el Torneo tan inesperadamente. Zohr, Kenxo y sus hombres, encerrados en el subterráneo, perecieron despedazados, convertidos en polvo impalpable...

—Bueno, ahora sí que está todo claro —suspiró Archer, aliviado—. Algunos de nuestro mundo pagaron con su vida. Pero fue el tributo doloroso e inevitable que costó frenar una futura invasión cruel y demoníaca...

—Y los «Caballeros del Átomo», salvaron a la Tierra —sonrió Kipp Shannon.

—Y a Klangor, no lo olvidaremos nunca —añadió el Rey Tagreb, emocionado—. ¿Qué podemos hacer en vuestro honor, amigos?

—Nada —sonrió Lancer—. Sólo pedimos una buena comida, antes de volver a la Tierra. Nuestra nave está a punto. Quizás nunca sepamos dónde ocultaba la gente de Zohr su fantástica nave ultralumínica, ni creo que hará

falta tampoco. Klangor vivirá bien sin esos adelantos, a fin de cuentas. Ahora sé que esto es un remanso de paz y de calma, no un feudalismo brutal, como dijo Zohr.

—Se celebrará una fiesta en vuestro honor, amigos —prometió el Rey Tagreb—. Y luego, podréis partir hacia vuestro mundo, sabiendo que aquí dejáis a unos amigos sinceros y eternos...

—Gracias, Rey Tagreb. La amistad será mutua. Creo que nunca os olvidaremos...

Zarya, hermosa como nunca, se quedó contemplando a Gaar Lancer con ojos doloridos, tristes y profundos.

—¿Partir hacia tu mundo? —preguntó—. ¿Es que te marchas, extranjero?

—Es natural —sonrió Gaar—. ¿Qué haría yo aquí, Princesa Zarya?

—Sí, ya te entiendo. Tus amigos, tus relaciones de allá... te obligan a volver...

—Algo así, Zarya. Además, ahora estáis a salvo de problemas. No tengo nada que hacer en Klangor.

—Sí, extranjero... —sus ojos se cubrieron de llanto—. No tienes nada que hacer aquí... ni nadie por quien quedarte.

—Zarya, yo... apenas si te conozco. Y eres una princesa... —musitó Gaar.

—Soy una mujer, terrestre —replicó ella, y dio media vuelta, corriendo hacia la galería exterior del palacio de piedra rosada. Los sollozos, sacudían su cuerpo.

Gaar Lancer vaciló sólo unos segundos. Luego, corrió tras ella.

El Rey y los cinco «Caballeros» se quedaron solos. Se miraron entre sí. Archer habló, ceñudo, con repentino aire lúgubre:

—No sé, señor... Pero me temo que uno de nosotros no va a volver a la Tierra. Y si vuelve... será para regresar muy pronto al Asteroide Skaaz...

El Rey Tagreb asintió, moviendo la cabeza. Suspiró, con una sonrisa feliz.

—Sería maravilloso —declaró—. Realmente maravilloso... Incluso me resignaría a perder a Zarya... si ella se marchara a la Tierra, siguiendo a ese hombre. Él se lo merece todo... y creo que la haría feliz. Muy feliz...

—Ocurra lo que ocurra, Majestad... ellos seguirán juntos —dijo Hawks con una sonrisa—. Conozco bien a Gaar Lancer... y sé que le ha llegado la hora de sentir algo por una chica. Creo que ya lo empezó a sentir nada más ver su fotografía en la Tierra. Quizás por eso estamos ahora aquí...

Ninguno de los «Caballeros del Rey Átomo», se atrevió a discutir la aseveración de Glenn Hawks. Tácitamente, admitían su teoría.

Y, para demostrarlo, ni la Princesa Zarya ni Gaar Lancer regresaban de

la galería exterior del palacio rosado de Klangor...



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

251. — Avanzadilla cósmica. — Roy Silverston.
252. — Células de muerte. — Clark Carrados.
253. — ¡Soy de otro planeta! — Johnny Garland.
254. — Alucinosis. — Law Space.
255. — Remolino en el cielo. — Clark Carrados.
256. — Obsesión. — Clark Carrados.
257. — Encrucijada cósmica. — Law Space.
258. — Más allá del infinito. — Peter Dean.
259. — Geo - 2. — Law Space.
260. — Safari en Venus. — Johnny Garland.
261. — Doctor Space. — Johnny Garland.
262. — Los atlantes. — Johnny Garland.
263. — Extraños entre nosotros. — Johnny Garland.
264. — Otra dimensión. — Johnny Garland.
265. — ¡Viaje a lo imposible!—Johnny Garland.
266. — El espejo de la tierra. — Johnny Garland.
267. — Museo del espacio. — Johnny Garland.
268. — Simbad viajó a las estrellas. — Johnny Garland.
269. — Los supercivilizados. — Johnny Garland.
270. — Extraña metrópoli. — Johnny Garland.
271. — Llovido del cielo. — Clark Carrados.
272. — Siete... y la eternidad. — Johnny Garland.
273. — Fantasmas en Alfa -Seis. — Johnny Garland.
274. — Los antihombres. — Clark Carrados.
275. — El manantial de la vida. — Clark Carrados.
276. — Infracosmos. — Johnny Garland.
277. — El planeta loco. — Clark Carrados.
278. — Cita en el mañana. — Johnny Garland.
279. — Mercader de estrellas. — Clark Carrados.

BEST - SELLERS POLICÍACOS

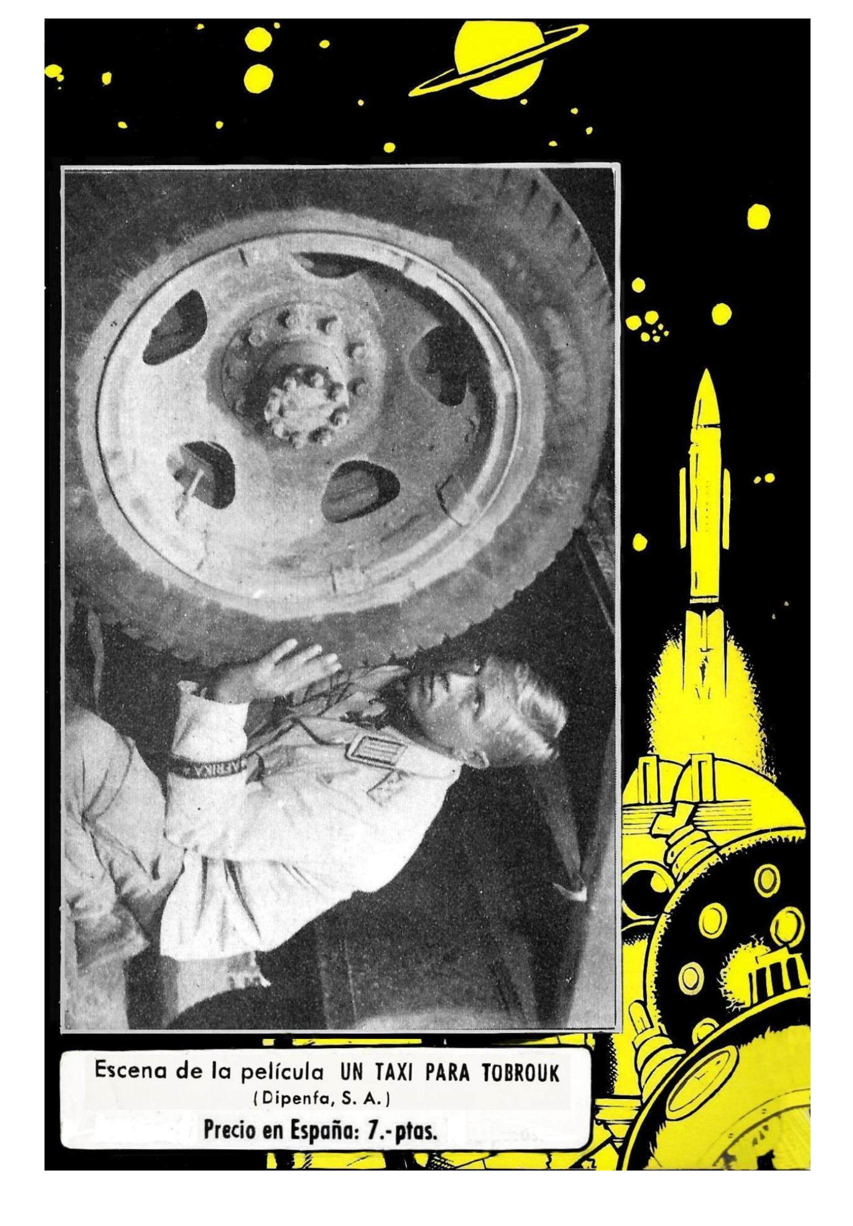
La intimidad de los hampones, toda la violencia contenida en la vida de aquellos hombres que basan la ley en el hábil manejo del cuchillo y la pistola y cuyas manos no sirven para otra cosa que para matar.

La intriga y la emoción más descarnadas en un ambiente de crimen y odio, descrito por las mejores plumas extranjeras, que conocen los hechos más importantes del hampa por haberlos estudiado muy de cerca.

Best-Sellers Policíacos

Publicación quincenal.

Precio: 15.— pesetas.



Notas

[←1]

«Atom Knights». Literalmente, se traduce por «Los Caballeros del Átomo», dando a la palabra «caballero» su sentido más literal, de hombre a caballo, y con título de caballero, según las normas de la «caballería andante» del medievo. (N. del A.)